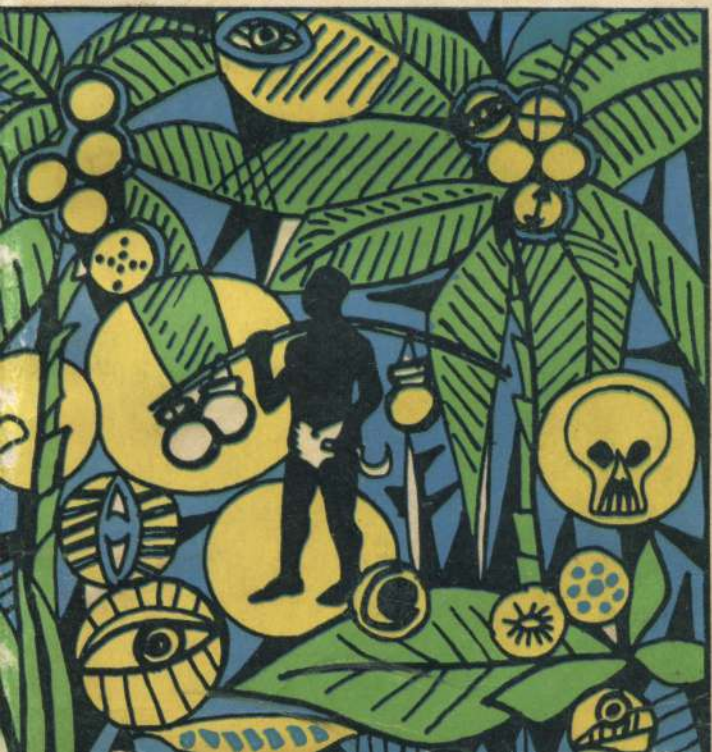
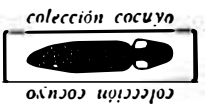
AMOS TUTUOLA

EL BEBEDOR DE VINO DE PALMA

ratura mundial ● literatura mundial ● literatura mundial ●



AMOS TUTUOLA
•
EL BEBEDOR DE VINO DE PALMA



INSTITUTO DEL LIBRO / LA HABANA, CUBA, 1967

Título de la obra en inglés:
THE PALM-WINE DRINKARD
Traducción/JOSÉ RODRÍGUEZ FEO
Diseño/RAÚL MARTÍNEZ

Clasificación Biblioteca Nacional: 896.3

He sido un bebedor de vino de palma desde que tenía diez años. No he hecho otra cosa en mi vida que beber vino de palma. En aquellos tiempos el único dinero que conocíamos eran los caracoles,[1] así que todo era muy barato y mi padre era el hombre más rico del pueblo.

Mi padre tenía ocho hijos y yo era el mayor. Todos los otros trabajaban muy duro pero yo era un maestro bebiendo vino de palma. Bebía vino desde por la mañana hasta por la noche y desde por la noche hasta por la mañana. Ya en aquellos tiempos no podía beber agua corriente, sino vino.

Pero cuando mi padre comprendió que no podía hacer otra cosa que beber vino de palma, contrató a un sangrador cuyo trabajo diario era sangrar palmas.

Por lo tanto, mi padre me regaló una finca de nueve millas cuadradas, con 560 000 palmas, y el sangrador extraía 150 pipotes de vino de palma todas las mañanas, pero antes de las dos de la tarde ya me había bebido todo el vino. Después sangraba otros 75 pipotes al atardecer, que me bebía antes del amanecer. Mis amigos eran incontables y bebían vino de palma conmigo desde por la mañana hasta avanzada la noche. Pero después que mi sangrador estuvo 15 años sangrando palmas para mí, mi padre murió de repente y un domingo que se cumplían seis meses de la muerte de mi padre, el sangrador fue a la finca por la noche a sangrar palmas para mí. Cuando llegó, trepó a una de las palmas más

[1] *Cowries*, en el original: caracoles que usan los yorubas en Nigeria. Se usan también en Cuba. *(N. del T.)*

altas de la finca para sangrar vino, pero cayó de pronto y murió al pie de la palma como consecuencia de las heridas. Yo estaba esperando que me trajera el vino de palma, pero al ver que no regresaba a tiempo, pues nunca se había tardado tanto, llamé a dos amigos para que me acompañaran a la finca. Al llegar empezamos a registrar todas las palmas y al cabo de un rato lo encontramos bajo la palma desde la que cayó y se mató.

Pero lo primero que hice al verlo allí, muerto, fue treparme a otra palma cercana, sangrarla y beberme el vino con gran satisfacción antes de regresar al lugar. Entonces, los dos amigos que me acompañaron a la finca y yo cavamos un hoyo al pie de la palma desde donde había caído como hacia su tumba, lo enterramos allí y regresamos al pueblo.

Al siguiente día, muy temprano por la mañana, no tenía vino de palma para beber y no me sentía tan contento como antes. Me quedé sentado muy triste en la sala, pero al tercer día de faltarme el vino de palma todos mis amigos dejaron de visitarme; me abandonaron allí porque no tenía vino de palma que ofrecerles.

Pero al cabo de una semana de estar en casa sin vino de palma, salí y vi a uno de mis amigos; lo saludé y contestó mi saludo, pero no se acercó y se alejó rápidamente.

Entonces empecé a buscar otro sangrador de palma pero no lograba dar con uno que sangrara las palmas como para satisfacer mis necesidades. Como carecía de vino de palma, comencé a beber el agua corriente que jamás pude probar antes. Pero no me sentía satisfecho como cuando bebía vino de palma.

Cuando me di cuenta de que ya no había vino de palma para mí y que nadie podía facilitármelo, me

acordé de que los viejos decían que los muertos no iban directamente al cielo, sino que viven en algún sitio de este mundo. Así que decidí buscar ese lugar donde estaba el sangrador de vino que había muerto.

Pero en aquellos días había muchos animales salvajes y todo estaba cubierto de montes[1] y bosques. Además los pueblos y aldeas no estaban cerca los unos de los otros, como hoy, y estuve viajando por montes y bosques y durmiendo días y meses en las ramas de los árboles para salvar el pellejo, porque los espíritus y demás eran socios y una vez me demoré dos o tres meses para llegar a un pueblo o aldea. Siempre, al llegar a un pueblo o aldea, me pasaba cuatro meses allí buscando a mi sangrador de vino de palma entre los habitantes de ese pueblo o aldea. A los siete meses de abandonar mi pueblo natal, llegué a un pueblo y me dirigí a un viejo. Este viejo no era en verdad un hombre; era un dios y estaba comiendo con su esposa cuando llegué allí. Al entrar en la casa los saludé y me contestaron con amabilidad, aunque nadie debía entrar en la casa porque era un dios, pero yo también era un dios y un hechicero. Entonces le dije al viejo (dios) que estaba buscando a mi sangrador de vino de palma que había muerto en mi pueblo hacía mucho tiempo; no respondió sino que antes me preguntó cómo me llamaba. Le dije que mi nombre era «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo». Entonces me preguntó: «¿Es cierto?» y le respondí que sí y entonces me dijo que fuera a donde su herrero, que vivía en un lugar desconocido o en otro pueblo, y le trajese lo que le había encargado hacer. Que si podía traerle el objeto

[1] *Bush*, monte: en Cuba, tierra inculta cubierta de árboles, arbustos y malezas. *(N. del T.)*

que le había encargado al herrero, entonces creería que yo era el «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo» y me revelaría dónde estaba mi sangrador de palma.

Tan pronto el viejo me dijo o me prometió esto me marché pero entonces, después de caminar alrededor de una milla, utilicé mi hechizo y me transformé enseguida en un pájaro grande y fui volando hasta el techo de la casa del viejo; pero como estaba posado en el techo de la casa, el gentío me vio allí. Se acercaron todos y se quedaron mirándome y al notar el viejo que había un gentío alrededor de la casa mirando para arriba, él y su esposa salieron y al verme a mí (pájaro) en el techo, le dijo a su esposa que si no me hubiese enviado para que le trajese la campana que le había encargado al herrero, me preguntaría el nombre del pájaro. Pero al decir esto, descubrí lo que le había pedido al herrero y salí volando a buscarlo y al llegar allí le dije al herrero que el viejo (dios) me había enviado para que le llevase la campana que le había encargado. Así que el herrero me entregó la campana y regresé a donde estaba el viejo y al ver la campana, él y su esposa se quedaron atónitos.

Después de eso le dijo a su esposa que me diera comida pero, después de comérmela, me dijo que quedaba otra cosa maravillosa por hacer antes de que me revelara dónde estaba mi sangrador de palma. A las 6:30 de la mañana siguiente, él (dios) me despertó y me entregó una red ancha y fuerte del mismo color de la tierra de aquel pueblo. Me dijo que fuera a casa de la «Muerte» y se la trajese en la red. A una milla de la casa o del pueblo, vi una encrucijada de muchos caminos. No sabía cuál era el camino de la Muerte pero al acor-

darme que era día de mercado y que todos los compradores estarían al regresar, me eché en medio de la encrucijada con la cabeza en uno de los caminos; la mano izquierda hacia otro, la derecha hacia otro y los pies hacia los demás y me hice el dormido. Pero cuando los compradores que regresaban del mercado me vieron allí tendido, gritaron: «¿Quién será la madre de este magnífico muchacho que se ha quedado dormido en medio de los caminos con la cabeza hacia el camino de la Muerte?»

Entonces comencé mi viaje por el camino de la Muerte y me demoré unas ocho horas en llegar allí, pero me sorprendió no encontrarme con nadie en este camino antes de llegar allí y por eso tenía miedo. Al entrar en casa de la Muerte, ésta se encontraba en el plantío de ñames cerca de allí. Entonces tropecé en el portal con un tamborcito y le di unos golpes, en salutación a la Muerte. Pero al oír el ruido del tamborcito, dijo la Muerte: «¿Ese hombre está todavía vivo o muerto?» Entonces contesté: «Todavía estoy vivo y no soy hombre muerto».

Pero al oír esto, se enojó mucho, dio órdenes al tamborcito con una especie de voz para que me atara con sus cuerdas y efectivamente las cuerdas del tamborcito me ataron con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Cuando sentí que las cuerdas no me dejaban respirar y que todas las partes de mi cuerpo sangraban mucho, yo mismo ordené a los bejucos de ñames del plantío que la ataran allí, que los ñames del plantío la ataran allí, que las estacas de los ñames comenzaran a golperla también. Después que dije esto, los bejucos de los ñames del plantío, todos a la vez, la ataron firmemente y todas las estacas de los ñames del plantío comenzaron

a darle golpes sin cesar. Entonces la Muerte ordenó a las cuerdas del tamborcito que me tenían atado que me soltaran y así quedé libre. Pero entonces, al ver que ella me había desatado, yo mismo ordené a los bejucos de los ñames que soltasen a la Muerte y a las estacas de los ñames que cesaran de golpearla, y quedó libre. Después que se libró de los bejucos y las estacas, fue para la casa y nos encontramos en el portal. Entonces nos dimos la mano, me invitó a pasar y me albergó en una de las habitaciones y, al poco rato, me trajo comida y comimos juntos y después conversamos de esta manera: Ella (la Muerte) me preguntó de dónde venía. Le contesté que había llegado de un pueblo no muy lejos de allí. Entonces me preguntó a qué había venido. Le dije que había oído hablar de ella en mi pueblo y en todos los sitios y que me había propuesto venir un día a visitarla para conocerla personalmente. Después de eso me respondió que su único trabajo consistía en matar a todo el mundo. Se levantó y me dijo que la siguiera, y así lo hice.

Me enseñó su casa y el plantío de ñames y los huesos de esqueletos humanos de gente que había estado matando desde hacía un siglo y otras fruslerías más, pero allí descubrí que empleaba huesos humanos como leña para hacer fuego y calaveras como lavabos, platillos y vasos.

Nadie vivía cerca o con ella. Vivía sola y hasta los animales y los pájaros de los montes estaban muy lejos de la casa. Por la noche, cuando mostré deseos de acostarme, me entregó una ancha tela negra para taparme y una habitación aparte donde dormir, pero al entrar descubrí que la cama estaba hecha de huesos de seres humanos; y cómo su aspecto era espantoso y no se podía

ni mirar, ni dormir en ella, me eché debajo porque ya conocía sus trucos. Como esta cama era espantosa, no pude dormir debajo cuando me eché allí por miedo a los huesos humanos, sino que me quedé allí despierto. Pero a eso de las dos de la madrugada me sorprendí al ver que alguien entraba cautelosamente con un pesado garrote en la mano y se acercaba a la cama que la Muerte me había dado para dormir. Entonces descargó con toda su fuerza tres garrotazos en el mismo centro de la cama y se alejó cautelosamente. Creyó que yo dormía en aquella cama y que me había matado.

Pero a las 6 de la mañana me desperté antes que ella y fui a su cuarto. La desperté y al oír mi voz pasó un gran susto y no pudo ni darme los buenos días al levantarse de la cama, porque creía haberme matado la noche anterior.

Pero al segundo día de dormir allí no intentó nada de nuevo. Me desperté a las dos aquella noche y fui al camino que debía seguir para llegar al pueblo y caminé sobre un cuarto de milla desde la casa. Entonces me detuve y cavé un hoyo del tamaño de la Muerte en medio del camino; después de eso, tendí sobre el hoyo la red que me había dado el viejo para que le llevase a la Muerte y regresé a la casa. Pero no se despertó mientras le preparaba esa trampa.

A las 6 de la mañana fui hasta su puerta y la desperté como siempre. Entonces le dije que quería regresar a mi pueblo esa mañana y que me acompañara parte del camino. Entonces se levantó de la cama y me acompañó tal como le había pedido, pero al llegar al lugar donde había abierto el hoyo le dije que se sentara al borde del camino y yo hice lo mismo. Pero al sentarse sobre la red, cayó en el hoyo y sin más enrollé

la red con la Muerte dentro, me la coloqué sobre la cabeza y seguí para la casa del viejo que me dijo que le trajese a la Muerte.

Mientras iba con ella por el camino, hizo grandes esfuerzos por huir o matarme, pero no le di oportunidad. Entonces, después de caminar ocho horas, llegué al pueblo y fui directamente a la casa del viejo que me dijo que fuera y le trajese a la Muerte. Al llegar a la casa, el viejo estaba en su habitación. Entonces lo llamé y le dije que le traía a la Muerte que me había encargado que le llevase. Pero tan pronto se enteró que le traía a la Muerte y la vio sobre mi cabeza, se aterrorizó mucho y gritó alarmado, pues no creía que nadie pudiera llevarle a la Muerte a su casa y salió corriendo hacia su habitación y comenzó a cerrar todas las puertas y ventanas, pero antes de que pudiera cerrar dos o tres de las ventanas, tiré a la Muerte ante su puerta y al tirarla, la red se rompió en pedazos y la Muerte se escapó.

Entonces el viejo y su esposa huyeron por las ventanas y toda la gente de aquel pueblo salió huyendo también. (El viejo había creído que la Muerte me mataría si iba a su casa, porque nadie podía llegar hasta la casa de la Muerte y regresar vivo, pero yo conocía los trucos del viejo.)

Por eso, desde el día que saqué a la Muerte de su casa no tiene dónde vivir o permanecer y su nombre se oye por todas partes. Así fue como le llevé la Muerte al viejo que me dijo que fuera y se la llevase si quería saber el paradero del sangrador de vino de palma que yo andaba buscando antes de llegar a ese pueblo y dirigirme al viejo.

Pero el viejo que me prometió que si iba a la casa de la Muerte y se la traía me diría el paradero de mi sangrador de palma, no pudo esperar a cumplir su promesa porque él mismo y su esposa por poco no escapan con vida del pueblo.

Entonces salí del pueblo sin averiguar donde estaba mi sangrador y emprendí viaje de nuevo.

Al quinto mes de salir de ese pueblo, llegué a otro pueblo más chiquito pero que tenía un mercado grande y muy famoso. Al entrar en el pueblo, me dirigí a la casa del jefe del pueblo que me recibió con mucha amabilidad. Al poco rato le dijo a una de sus esposas que me sirviera comida y después que comí, le dijo a su esposa que me sirviera también vino de palma. Bebí vino hasta saciarme, igual que cuando estaba en mi pueblo o vivía mi sangrador. Pero cuando le cogí el gusto al vino de palma que me brindaron, me dije para mis adentros que allí tenía todo lo que quería. Después de comer y de beber vino de palma hasta quedar satisfecho, el jefe del pueblo que me recibió en su casa me preguntó mi nombre. Le dije que me llamaba «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo» y al oírme decir esto, casi se desmayó de miedo. Después me preguntó a qué había venido. Contesté que estaba buscando a mi sangrador de vino de palma, que había muerto hacía mucho tiempo en mi pueblo. Entonces me dijo que sabía dónde estaba mi sangrador.

Después de eso me dijo que si podía ayudarlo a encontrar a su hija, que un ser extraño había secuestrado en el mercado de aquel pueblo, y se la devolvía, entonces me revelaría el paradero de mi sangrador.

Dijo además que como yo era «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo», esto me sería cosa muy fácil. Esto dijo.

Yo no sabía que un ser extraño había secuestrado a su hija en el mercado.

Estaba a punto de negarme a ir en busca de la hija que un ser extraño había secuestrado en el mercado, pero al acordarme de mi nombre, sentí vergüenza si me negaba. Así que acepté. En aquel pueblo había un mercado grande donde ocurriera el secuestro, y cada quinto día era día de mercado, y todos los del pueblo y de todas las aldeas a la redonda y también los espíritus y seres extraños de diferentes montes y bosques venían a este mercado cada quinto día a comprar y vender mercancías. Se cerraba a las cuatro de la tarde y entonces todos regresaban a los lugares de donde cada uno, o una, había venido. Pero la hija del jefe del pueblo era una vendedora sin importancia y estaba a punto de casarse cuando la secuestraron en el mercado. Mucho antes su padre le había dicho que se casara con cierto hombre, pero ella desoyó sus palabras. Cuando comprendió que su hija no quería casarse, se la entregó él mismo al hombre pero la joven se negó rotundamente a casarse con el hombre que su padre le presentó. Así que el padre la dejó tranquila.

Esta joven era muy hermosa, como un ángel, pero ningún hombre la podía convencer de que se casara. Así que un día fue al mercado, como hacía siempre, a vender sus mercancías. Aquel día de mercado vio a un ser extraño pero no sabía de dónde venía, pues nunca lo había visto antes.

DESCRIPCIÓN DEL SER EXTRAÑO

Era un hermoso caballero completo y vestía ropas elegantes y caras. Todas las partes de su cuerpo estaban completas y era un hombre alto pero grueso. Aquel día en que este hombre vino al mercado, si lo hubieran puesto a la venta como una mercancía o un animal, lo hubieran vendido por lo menos en 2 000 libras esterlinas. Al llegar este caballero completo al mercado aquel día y al verlo la joven allí, sólo le preguntó dónde vivía, pero el magnífico caballero no respondió ni se acercó a ella. Y al ver que el caballero magnífico o completo no le hacía caso, abandonó las mercancías y empezó a observar los movimientos del completo caballero por el mercado y dejó las mercancías sin vender.

Al poco rato cerraron el mercado. Entonces toda la gente del mercado y el caballero completo empezaron a regresar a sus hogares, etc., pero como la joven lo había seguido por todo el mercado, vio cuando él regresaba a su hogar con los demás. Entonces lo siguió (al caballero completo) rumbo a un lugar desconocido. Pero mientras seguía al caballero completo por el camino, éste le iba diciendo que regresara y no lo siguiera pero la joven no hizo caso a lo que él le decía y cuando el caballero completo se cansó de rogarle que no lo siguiera o que regresara a su casa, dejó que lo siguiera.

«NO PERSIGAS LA HERMOSURA DE UN DESCONOCIDO»

Pero cuando se habían alejado unas doce millas del mercado, abandonaron el camino y se internaron en un bosque sin fin donde sólo vivían seres espantosos.

«DEVUELVE LAS PARTES DEL CUERPO A SUS DUEÑOS: O PARTES DEL CUERPO DEL CABALLERO COMPLETO ALQUILADAS PARA SER DEVUELTAS»

A medida que caminaban por este bosque sin fin, el caballero completo del mercado que la joven seguía comenzó a entregar a sus dueños las partes alquiladas de su cuerpo y el dinero del alquiler. Al llegar a donde había alquilado la pierna izquierda, se la arrancó, la entregó al dueño, le pagó el alquiler y siguió de largo; cuando llegaron a donde había alquilado la pierna derecha, se la arrancó, la entregó al dueño y le pagó el alquiler. Ahora las dos piernas estaban en manos del dueño, por lo que el caballero comenzó a gatear y la joven quiso regresar a su pueblo o al lado de su padre pero el ser horrible y extraño o el caballero completo le impidió regresar a su pueblo o al lado de su padre y el caballero completo habló así: «Te advertí que no me siguieras antes de desviarnos hacia este bosque sin fin donde sólo viven seres horribles y extraños, pero cuando me convertí en un semicaballero quisiste regresar. Ya no puedes; has fracasado. Tú misma aún no has visto nada. ¡Sígueme!»

Un poco más avanzado el camino llegaron a donde había alquilado el estómago, las costillas, el pecho, etc., y se los arrancó, se los entregó al dueño y pagó el alquiler.

Ya a este caballero o ser horrible sólo le quedaban la cabeza, los brazos y el cuello. No podía gatear como antes; brincaba como una rana-toro y ahora la joven estaba a punto de desmayarse ante este ser espantoso al que seguía. Pero cuando la joven vio que cada parte

del caballero completo del mercado era de repuesto o alquilada y que las devolvía a sus dueños, entonces empezó a hacer todo lo posible por regresar al pueblo de su padre, pero el espantoso ser se lo impidió.

Al llegar a donde había alquilado los dos brazos, se los arrancó y los entregó al dueño y pagó el alquiler. Todavía iban por aquel bosque sin fin y al llegar a donde había alquilado el cuello, se lo arrancó, lo entregó al dueño y pagó también.

«UN CABALLERO DE CUERPO COMPLETO REDUCIDO A CABEZA»

Ahora el caballero completo quedó reducido a la cabeza y al llegar a donde había alquilado la piel y la carne que cubrían la cabeza, las devolvió y le pagó al dueño. Ahora el caballero completo del mercado quedó reducido a una «CALAVERA». Cuando la joven vio que él se había quedado con sólo la «CALAVERA», comenzó a contar cómo su padre le había dicho que se casara con un hombre pero que no le había hecho caso ni confiado en él.

Cuando la joven vio que el caballero se había convertido en una Calavera casi se desmaya, pero la Calavera le dijo que si se iba a morir que se muriera, pero que tenía que seguirlo hasta su casa. Pero decía esto susurrando con una voz horrible y además se enfureció y aunque una persona hubiera estado a dos millas de allí no tendría que esforzarse para oír su voz, por lo que la joven empezó a huir por el bosque para escapar con vida, pero la Calavera la persiguió y la alcanzó a poca distancia, porque era muy astuta y lista, ya que

era una Calavera y podía saltar una milla por segundo antes de tocar tierra. Así fue como agarró a la joven: al salir huyendo la joven salió corriendo velozmente por delante y la detuvo como si fuera el tronco de un árbol.

Luego la joven siguió a la Calavera hasta su casa, que era un hoyo debajo de la tierra. Al llegar allí, ambos entraron en el hoyo. Pero allí sólo vivían Calaveras. Al entrar al hoyo, ató un caracol al cuello de la joven con una especie de soga y le dio de banquillo un sapo grande, en el que ella se sentó. Entonces le dio un silbato a una Calavera para que la vigilara en caso de que tratara de huir. Porque la Calavera ya sabía que la joven intentaría huir del hoyo. Entonces fue al traspatio donde la familia permanecía todo el día hasta el anochecer.

Y un día la joven intentó huir del hoyo y tan pronto como la Calavera alertó con su silbato a las otras Calaveras que estaban en el traspatio, todas se lanzaron a donde estaba la joven sentada sobre la rana-toro y así la agarraron. Pero al salir todas precipitadamente, iban dando volteretas por el suelo como barriles de gasolina lanzados por un camino seco. Una vez agarrada, la llevaron y la sentaron en la misma rana como antes. Si la Calavera que la vigilaba se dormía o la joven intentaba huir, el caracol atado a su cuello daba la alarma con un ruido espantoso, por lo que la Calavera que la vigilaba se despertaba inmediatamente y entonces toda la familia de la Calavera salía precipitadamente del hoyo en busca de la joven y le preguntaba con voz horrible y extraña qué es lo que quería. Pero la joven apenas podía hablar porque como tenía atado el caracol al cuello se había quedado también muda.

EL PADRE DE LOS DIOSES DEBÍA DESCUBRIR EL PARADERO DE LA HIJA DEL JEFE DEL PUEBLO

Entonces, cuando el padre de la joven me preguntó por primera vez mi nombre y le dije que me llamaba «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo» me dijo que si descubría dónde estaba su hija y se la traía, me diría dónde estaba mi sangrador. Pero al decir él esto, empecé a brincar de alegría porque me había prometido revelarme dónde estaba mi sangrador. Acepté su palabra. Los padres y los parientes de la joven nunca habían averiguado el paradero de su hija, pero tenían noticias de que la joven había seguido a un caballero completo en el mercado. Como yo era el «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo», al caer la noche le sacrifiqué un chivo a mi hechizo.

Y temprano por la mañana mandé a buscar cuarenta pipotes de vino de palma y después de bebérmelos todos, empecé a investigar el paradero de la joven. Como era día de mercado comencé mi investigación en el mercado. Pero como era hechicero, conocía a toda clase de personas en ese mercado. Exactamente a las 9 de la mañana, el caballero muy completo que la joven había seguido llegó otra vez al mercado y tan pronto lo vi, me di cuenta de que era un ser extraño y horrible.

«NO HABÍA QUE CULPAR A LA JOVEN POR SEGUIR A LA CALAVERA CUANDO ERA UN CABALLERO COMPLETO»

No podía culpar a la joven por seguir hasta su casa a la Calavera cuando era un caballero completo. Por-

que si yo fuera una joven, no hay duda que lo seguiría a cualquier sitio y además siendo hombre estaba todavía más celoso, porque si este caballero entrara en un campo de batalla doy por seguro que el enemigo no lo mataría ni apresaría y si los artilleros lo vieran en un pueblo a punto de ser bombardeado, no tirarían bombas estando él allí y de hacerlo la bomba no estallaría hasta que este caballero abandonase el pueblo, debido a su hermosura. Al ver a este caballero en el mercado, lo único que hice fue seguirlo. Entonces, después de observarlo por muchas horas, corrí a un rincón del mercado y lloré unos minutos porque me dije, por qué no habré nacido con la hermosura de ese caballero, pero entonces, al acordarme que era sólo una Calavera, di gracias a Dios por haberme creado sin hermosura y volví a donde él estaba, en el mercado. Fue así que cuando cerraron el mercado y todos regresaban a sus hogares, y este caballero también, lo seguí para averiguar dónde vivía.

«INVESTIGACIÓN EN LA CASA DE LA FAMILIA DE LA CALAVERA»

A unas doce millas del mercado el caballero abandonó el camino real que seguíamos y se desvió por un bosque sin fin. Lo iba siguiendo pero como no quería que se diera cuenta de que lo seguía, utilicé entonces uno de mis hechizos, que me transformó en una iguana. Y así lo seguí. Pero después de caminar con él otras 25 millas en aquel bosque sin fin, empezó a arrancarse las partes del cuerpo y a devolverlas a sus dueños, pagando el alquiler.

Después de caminar con él otras cincuenta millas en aquel bosque sin fin, llegó entonces a su casa y entró, pero como yo era una iguana también entré. Lo primero que hizo al entrar en el hoyo (casa) fue ir directamente a donde la joven, y yo vi a la joven sentada en la rana-toro, con un caracol atado al cuello, y una Calavera que la vigilaba estaba de pie detrás de ella. Después que él (el caballero) se percató que la joven estaba allí, fue al traspatio donde trabajaba la familia.

«EL MARAVILLOSO TRABAJO DEL INVESTIGADOR EN LA CASA DE LA FAMILIA DE LA CALAVERA»

Entonces, cuando vi a aquella joven y la Calavera que la condujo a aquel hoyo, y a la que yo seguí desde el mercado hasta el hoyo, fui al traspatio, me transformé en hombre como antes y le hablé a la joven, pero ella no podía responder. Sólo me indicó que su situación era crítica. En ese momento la Calavera que la vigilaba se quedó dormida.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando al ayudar a la joven a levantarse del sapo en que estaba sentada, el caracol atado al cuello emitió de pronto un ruido extraño! Cuando la Calavera que la vigilaba oyó el ruido, se despertó y alertó a las demás con un silbato y entonces todas salieron precipitadamente hacia el lugar y nos cercaron a mí y a la joven. Pero tan pronto como me vieron allí, una de ellas corrió a un hoyo lleno de caracoles que no estaba lejos de aquel lugar. Sacó un caracol del hoyo y vino corriendo hacia mí y todo el gentío también quería atarme el caracol al cuello. Pero antes

de que lo lograran, me transformé en aire. No podían descubrirme otra vez, pero yo las observaba. A mi entender los caracoles en aquel hoyo eran hechizos que tenían la virtud de debilitar al ser humano a quien se le ataran al cuello y también de dejar muda a una persona.

Una hora después de haberme convertido en aire, las Calaveras regresaron al traspatio, pero la Calavera que vigilaba a la dama permaneció allí.

Después que regresaron al traspatio, me transformé en hombre como antes y entonces levanté a la joven del sapo, pero al tocarla el caracol atado al cuello empezó a gritar y aunque una persona hubiera estado a cuatro millas de allí no necesitaría esforzarse mucho para oírlo. Pero tan pronto como la Calavera que la vigilaba oyó el ruido y me vio levantándola del sapo, le silbó a las demás que se encontraban en el traspatio.

No bien la familia Calavera oyó el silbato, salió apresuradamente del lugar, pero antes de que pudiera llegar allí, yo había abandonado el hoyo, camino del bosque. Pero no había caminado unas cien yardas bosque adentro cuando salieron todas del hoyo y se internaron en el bosque y todavía yo iba huyendo con la joven. A la vez que me perseguían por el bosque, las Calaveras iban dando volteretas por el suelo como si fueran grandes piedras y hacían unos ruidos espantosos. Pero entonces, al ver que habían estado casi a punto de agarrarme o que si seguía corriendo en aquella forma lo harían sin duda tarde o temprano, transformé a la joven en una gatica y me la metí en un bolsillo y me transformé en un pajarito que podría describirse como un «gorrión».

Después de esto salí volando, pero mientras volaba por el cielo todavía el caracol atado al cuello hacía ruido. Hice todo lo posible por silenciarlo pero fue en vano. Al llegar a la casa con la joven la transformé en joven como antes y yo me transformé en hombre. Al ver que le devolvía a su hija, el padre se puso de lo más contento y dijo así: «Eres el Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo, como me dijiste antes».

A pesar de que la joven estaba en su casa, el caracol no paró ni un momento de hacer ruidos horribles y ella no podía conversar con nadie y sólo pudo demostrar gran alegría por haber regresado al hogar. Ahora ya había traído a la joven pero ella no podía hablar ni comer ni desatarse el caracol del cuello y el ruido horrible del caracol no dejaba descansar ni dormir a nadie.

«QUEDAN MAYORES TAREAS POR DELANTE»

Entonces empecé a cortar de su cuello la cuerda del caracol, para que hablara y comiera, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Por fin hice todo lo posible por cortar la cuerda del caracol. Sólo logré silenciar el ruido pero no pude desatar el caracol.

Al ver las dificultades que pasaba, el padre me dio las gracias y repitió que como me llamaba «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo» debería terminar mi trabajo. Me sentí avergonzado al oírlo y pensé para mis adentros que si regresaba a la casa o al hoyo de la Calavera ella probablemente me mataría y que transitar por el bosque era muy peligroso; además

no podía acudir directamente a las Calaveras a pedirles que desataran el caracol atado al cuello de la dama, para que así pudiera comer y hablar.

«DE VUELTA EN CASA DE LA FAMILIA CALAVERA»

Al tercer día de haber llevado a la joven a casa de su padre, regresé al bosque sin fin para realizar otras investigaciones. Cuando quedaban unas millas para llegar al hoyo de aquellas Calaveras, vi allí a la misma Calavera que la joven había seguido, cuando era caballero completo, desde el mercado hasta el hoyo de la casa de la familia Calavera. No bien la vi así, me transformé en una iguana y trepé a un árbol cerca de ella.

Estaba parada frente a dos matas. Cortó una sola hoja opuesta de la mata opuesta; sujetaba la hoja con la mano y decía así: «Como me arrebataron a esa joven, si no le dan a comer esta hoja opuesta jamás hablará», y tiró la hoja al suelo. Después cortó una sola hoja compuesta de la mata compuesta que estaba en el mismo sitio de la mata opuesta; sujetó la hoja compuesta con la mano derecha y dijo que si no le daban a comer esa hoja compuesta, jamás se libraría del caracol que llevaba atado al cuello y los horribles ruidos jamás cesarían.

Después de eso tiró la hoja al suelo en el mismo lugar y se alejó de un salto. Entonces, después que saltó lejísimo (por fortuna yo estaba allí cuando hacía todo esto y vi donde tiró las dos hojas por separado) me transformé en hombre como antes y fui al sitio donde

tiró las dos hojas, las recogí y salí en seguida para la casa.

Tan pronto llegué a casa, cocí las dos hojas por separado y se las di a comer. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando la joven empezó a hablar! Después de esto le di a comer la hoja compuesta por segunda vez y en seguida que se la comió, el caracol que la Calavera le había atado al cuello se zafó solo y desapareció. Al ver el trabajo maravilloso que había hecho, el padre y la madre me trajeron cincuenta pipotes de vino de palma, me dieron a la joven por esposa y dos cuartos en aquella casa para vivir con ellos. Fue así como rescaté a la joven del caballero completo del mercado que después quedó reducido a una «Calavera» y la joven se convirtió en mi esposa a partir de aquel día. Fue así como me hice de una esposa.

Entonces, después de tomar a la joven por esposa y pasarme seis meses con los padres de mi esposa, me acordé de mi sangrador de vino de palma, muerto hacía mucho tiempo en mi pueblo y le pedí al padre de mi esposa que cumpliera su promesa o me revelara dónde estaba mi sangrador, pero me dijo que esperara un poco, pues sabía que si me revelaba el lugar en aquel momento, abandonaría el pueblo con su hija, y no quería separarse de su hija.

Permanecí tres años con él en aquel pueblo y en ese tiempo sangré vino de palma para mí, aunque no podía sangrar todo lo que necesitaba. Mi esposa también me ayudaba a llevar el vino de la finca al pueblo. Después de estar tres años en aquel pueblo, noté que el dedo gordo de la mano izquierda de mi esposa se inflaba como una boya, pero no le dolía. Un día me acompañó hasta la finca donde yo sangraba palmas y cuál no sería mi

sorpresa cuando el dedo gordo inflado se hincó con la espina de una palma, reventó de pronto y vi salir de allí un niño, hablando como si tuviera diez años.

A la hora de haber salido del dedo gordo, creció hasta alcanzar una altura de tres pies y algunas pulgadas y ya su voz era tan clara como el golpe de un yunque con un martillo de acero. Lo primero que hizo entonces fue preguntarle a su madre: «¿Sabes cómo me llamo?». Su madre contestó que no y dijo entonces que se llamaba «ZURRJIR» que quiere decir «hijo que pronto se transformaría en otra cosa». Pero al decirnos su nombre, me quedé aterrado a causa de lo horrible de ese nombre y mientras nos hablaba, se bebía el vino de palma que ya yo había sangrado. En cinco minutos se bebió tres de los cuatro pipotes. Mientras, pensaba en cómo podríamos dejar al niño en la finca y correr hasta el pueblo, porque todo el mundo había visto que el dedo de mi esposa se había inflado, pero ella no había quedado preñada en la parte correspondiente del cuerpo, como las otras mujeres. Pero no bien lo pensé, el niño tomó el último pipote de vino y se lo bebió por el lado izquierdo de la cabeza y salió para el pueblo directamente, aunque nadie le enseñó el camino que conducía al pueblo. Nos paramos en un lugar mirando mientras se alejaba, y al cabo de un rato lo seguimos pero no lo vimos en el camino antes de llegar al pueblo. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando lo vimos entrar en la casa donde vivíamos! Al entrar, saludó a todos con los que se topó allí, como si los conociera de antes, y a la vez pidió comida y se la comió. Después fue a la cocina y se comió también todo lo que encontró allí.

Pero al verlo en la cocina comiéndose el resto de la comida preparada para la cena, un hombre le dijo que

saliera de allí, pero no lo hizo y empezó a fajarse con el hombre. Aquel niño milagroso le dio tantos azotes al hombre que casi lo dejó ciego antes de hacerlo huir de la cocina, pero el niño se quedó allí.

Al ver lo que el niño le había hecho al hombre, todos en la casa empezaron a pelear con él. Al mismo tiempo que peleaba con la gente, el niño rompía todo contra el suelo y mató los animales domésticos, aplastándolos, y a pesar de eso la gente no pudo dominarlo. Poco después regresamos de la finca, pero tan pronto como nos vio dejó a todos los que peleaban con él y vino a saludarnos. Y al entrar en la casa nos presentó a todos y dijo que eran sus padres. Pero entonces como se había comido toda la comida preparada para la cena, empezamos a cocinar más comida, pero en el momento de bajarla de la candela se la sirvió y empezó a comérsela, aunque estaba muy caliente. Antes de que pudiéramos impedírselo se había comido toda la comida y tratamos de arrebatársela, pero no pudimos conseguirlo.

Aquel era un niño prodigio, porque si cien hombres fueran a fajarse con él, a todos los golpearía hasta obligarlos a salir huyendo. Si se sentaba en una silla, no podíamos empujarlo. Era fuerte como el hierro. Si se paraba en un lugar, nadie podía empujarlo. Se convirtió entonces en el amo de la casa, porque a veces nos decía que no debíamos comer hasta por la noche y a veces nos echaba de la casa y a veces nos mandaba a que nos arrodilláramos delante de él dos horas.

Como este niño era más fuerte que todos en aquel pueblo, iba por el pueblo reduciendo a cenizas las casas de los jefes del pueblo. Pero al ver los destrozos que causaba y su mal genio, las gentes del pueblo me llamaron a mí (su padre) para ver la manera de sacarlo de

allí. Le dije entonces a la gente que sabía cómo sacarlo del pueblo. Fue así como una noche, al verlo dormido en su cuarto, regué aceite alrededor de la casa y en el techo, y como el techo era de hojas y había una gran sequía, le prendí fuego a la casa y cerré las ventanas y puertas que él no había cerrado antes de acostarse a dormir. Antes de que se despertara, un gran fuego ardía por toda la casa y en el techo y como el humo le impidió huir, quedó reducido a cenizas con la casa.

Al ver que el niño había quedado reducido a cenizas, todos en el pueblo se alegraron mucho y hubo paz en el pueblo. Al ver al niño muerto, apremié entonces al padre de mi esposa para que me revelara dónde estaba mi sangrador y me lo dijo.

«CAMINO A UN LUGAR DESCONOCIDO»

El mismo día que el padre de mi esposa me reveló dónde estaba mi sangrador, le dije a mi esposa que recogiera todas sus cosas y así lo hizo. Nos levantamos entonces temprano por la mañana y salimos de viaje hacia un lugar desconocido. Pero cuando habíamos caminado unas dos millas del pueblo, mi esposa dijo que había olvidado su dije de oro en la casa reducida a cenizas. Que había olvidado recogerlo antes de que el fuego destruyese la casa. Que regresaría al pueblo a buscarlo, pero le dije que seguramente había quedado reducido a cenizas con la casa. Dijo que era de metal y no podía quedar reducido a cenizas y que iba a regresar a buscarlo y le supliqué que no volviera allí, pero se negó rotundamente y, al verla regresar en busca del dije, la seguí. Al llegar allí, cogió un palo y comenzó

a escarbar entre las cenizas y vi como, mientras se elevaba el montículo de las cenizas, aparecía allí la mitad del cuerpo de un niño que hablaba en voz baja como un teléfono.

No bien vimos las cenizas elevarse y convertirse en un seminiño que hablaba en voz baja, nos marchamos. Le dijo entonces a mi esposa que cargáramos con él, que esperáramos y cargáramos con él, pero como no nos detuvimos ni lo hicimos, ordenó entonces que la ceguera cubriera nuestros ojos y quedamos ciegos en cuanto pronunció estas palabras. Sin embargo, no regresamos a buscarlo y seguimos nuestro camino y entonces, al ver que no regresábamos a buscarlo, ordenó otra vez que nos quedáramos sin aliento y efectivamente no podíamos respirar. Al ver que no podíamos aspirar ni exhalar, regresamos y cargamos con él. En el camino, le pidió a mi esposa que lo encaramara en la cabeza y una vez instalado allí empezó a silbar como si fueran cuarenta personas las que lo hacían. Al llegar a una aldea nos detuvimos y compramos comida a una vendedora, ya que en el camino habíamos sentido mucha hambre, pero cuando estábamos a punto de comérnosla, el seminiño no nos lo permitió, al contrario, agarró la comida y se la tragó como quien se traga una píldora. Cuando la vendedora vio esto salió huyendo, dejando sus mercancías allí. Pero al ver que la vendedora había abandonado la comida, él salió gateando hasta donde estaba la comida y también se la tragó.

De manera que el seminiño no nos dejó comer y no pudimos probar ni un bocado. Cuando la gente de aquella aldea nos vio con aquel seminiño, nos echó de la aldea. Entonces emprendimos camino otra vez y después de caminar siete millas desde la aldea, llegamos

a otro pueblo. Allí también hicimos escala y compramos más comida pero aquel seminiño no nos dejó comer. Ya por entonces estábamos enojados y queríamos comer la comida a la fuerza, pero dio unas órdenes, como lo había hecho antes, y en seguida dejamos que se la tragara.

Cuando la gente de aquel pueblo lo vio allí con nosotros, nos echó con ayuda de un hechizo, diciendo que un espíritu nos acompañaba y que no querían espíritu alguno en el pueblo. De manera que si entrábamos en cualquier pueblo o aldea para comer y dormir, nos botaban inmediatamente, y la noticia se propaló a todos los pueblos y aldeas. Ahora no podíamos transitar por caminos ni montes, porque todo el mundo se había enterado que un hombre y una mujer llevaban cargado un seminiño o espíritu y buscaban un lugar donde dejarlo y salir huyendo.

De modo que ya teníamos mucha hambre y como caminábamos entre malezas, hicimos todo lo posible por dejarlo en algún sitio y salir huyendo, pero no nos lo permitió. Al no poder deshacernos de él, pensamos que lo mejor sería no dormir de noche pero él no dormía de noche tampoco, y lo peor fue que nunca dejó que mi esposa lo bajara de la cabeza desde que lo cargó. Ansiábamos dormir profundamente pero no nos permitía más que cargar con él. Durante el tiempo que estuvo en la cabeza de mi esposa, su barriga se infló como un tubo grande debido a lo mucho que había comido, y sin embargo, nunca se sentía satisfecho porque podía comerse toda la comida del mundo sin llenarse. Cuando íbamos esa noche por los montes, mi esposa se sintió abrumada por el peso de este bebé y si lo hubiésemos pesado en ese momento, su peso habría

alcanzado las 28 libras. Al ver que mi esposa estaba cansada de cargarlo y que ya no podía con él, yo me hice cargo de él, pero no lo había llevado cargado más de un cuarto de milla cuando me sentí inmovilizado y sudoroso como si me hubiese dado un baño, por lo pesado que era; sin embargo, aquel seminiño no dejó que lo bajáramos y descansáramos.

¿Cómo podríamos escapar de aquel seminiño? Pero Dios es tan bueno que esa noche, cuando lo llevábamos cargado de un lado para el otro por los montes, sentimos como si alguien tocara música en algún lugar del monte y entonces él pidió que lo lleváramos al lugar donde se oía la música. Antes de una hora llegamos allí.

TRES SERES BONDADOSOS NOS ALIVIARON DE NUESTRA AFLICCIÓN: EL TAMBOR, EL CANTO Y LA DANZA

Cuando llegamos al lugar, vimos allí con nuestros ojos a los seres que hemos llamado «Tambor, Canto y Danza» y eran seres vivientes como nosotros. Tan pronto como llegamos allí el seminiño se bajó de mi cabeza; entonces dimos gracias a Dios. Tan pronto como se bajó de mi cabeza se reunió con los tres seres. Cuando «Tambor» comenzó a golpearse fue como si cincuenta hombres lo golpearan, cuando «Canto» comenzó a cantar fue como si cien personas cantaran a coro y cuando «Danza» comenzó a bailar, el seminiño también empezó a bailar. Ahora mi esposa, yo, los espíritus y demás estábamos bailando con «Danza» y nadie que oyera o viera a estos tres tipos dejaría de seguirlos a donde fueran. Luego todos seguimos a los tres tipos, bailando

con ellos. De modo que nos fuimos tras los tres tipos y bailamos durante cinco días sin comer ni detenernos una sola vez, antes de llegar a un lugar donde estos seres habían fabricado unos cobertizos de barro.

Dos soldados estaban parados frente a los cobertizos pero al llegar allí con los tres tipos, mi esposa y yo, etc., nos detuvimos a la entrada; solamente los tres tipos y el seminiño entraron en los cobertizos. Después de esto, no lo volvimos a ver. N. B. No queríamos seguirlos hasta aquel lugar, pero no nos podíamos controlar ya que íbamos bailando con ellos.

Nadie en este mundo podía tocar un tambor como Tambor, nadie podía bailar como Danza y nadie podía cantar como Canto. A las dos de la madrugada dejamos a aquellos tres seres maravillosos. Entonces, después de dejar a aquellos seres y al seminiño, comenzamos otro viaje, pero caminamos dos días antes de llegar a un pueblo y detenernos allí para descansar durante dos días. Pero no teníamos un céntimo cuando llegamos allí; entonces pensé para mis adentros en cómo conseguir dinero para comer, etc. Al poco rato recordé que me llamaba «Padre de los dioses que todo lo puede en este mundo». Como había un río grande que cruzaba el camino principal que conducía al pueblo, le dije a mi esposa que me siguiera hasta el río. Al llegar allí, corté un árbol y construí un remo; luego se lo di a mi esposa y le dije que entrara en el río conmigo; una vez en el río, le di una orden al hechizo que un buen espíritu amigo mío me había regalado e inmediatamente el hechizo me transformó en una canoa. Entonces mi esposa entró en la canoa con el remo y empezó a remar; utilizó la canoa como un «ferry» para transportar pasajeros a través del río; el precio para los adultos era

3d (tres peniques) y mitad de precio para los niños. Al anochecer, me transformé en hombre como antes y cuando contamos el dinero que mi esposa había recolectado ese día, sumaba 7 libras esterlinas y tres peniques. Después de eso, regresamos al pueblo y compramos todo lo que necesitábamos.

Al día siguiente fuimos allí, a las cuatro de la mañana, antes de que se levantara la gente del pueblo para que no se enterara del secreto, y cuando llegamos allí hice lo mismo que el día anterior y mi esposa prosiguió su trabajo como siempre. Ese día regresamos a casa a las siete de la noche. Así que permanecimos en aquel pueblo un mes haciendo el mismo trabajo y cuando contamos el dinero recolectado durante el mes sumaba 56 libras esterlinas y nueve peniques.

Entonces abandonamos aquel pueblo muy alegres y comenzamos otra vez nuestro viaje, pero después de alejarnos unas ochenta millas del pueblo, comenzamos a toparnos en el camino con cuadrillas de «salteadores» y nos dieron mucho que hacer. Pero cuando consideramos lo peligroso que podría resultar para nosotros seguir por el camino, tanto por la pérdida de nuestro dinero como de nuestras vidas, entonces nos internamos en el monte, pero caminar por aquel monte era también muy peligroso porque los animales salvajes y las boas eran infinitos como las arenas del mar.

«PARA VIAJAR POR AIRE»

Entonces le dije a mi esposa que brincara sobre mis espaldas con nuestras cosas y, al mismo tiempo, apelé al hechizo que me había regalado «Mujer espíritu de agua»

en el «Bosque de los Espíritus» (la historia completa de la «Mujer Espíritu» aparece en el libro de cuentos del Cazador Salvaje en el Bosque de los Espíritus). De modo que me transformé en un pájaro grande como un aeroplano y salí volando con mi esposa; volé cinco horas antes de bajar. Después de abandonar el área peligrosa, aunque bajé a tierra antes de las cuatro, seguimos el resto de nuestra jornada por tierra o a pie. Entonces, a las ocho pasado meridiano de aquel día llegamos al pueblo donde el padre de mi esposa me había dicho que se encontraba mi sangrador.

Al llegar allí, indagué entre la gente del pueblo sobre el paradero del sangrador que había muerto hacía mucho tiempo en mi pueblo. Pero me dijeron que hacía más de dos años que el sangrador había partido de allí. Entonces les supliqué que me revelaran en qué pueblo se hallaba ahora y me dijeron que en el «Pueblo de los MUERTOS», que el pueblo estaba muy lejos y que sólo los muertos vivían allí.

Ahora no podíamos regresar a nuestro punto de partida (al pueblo del padre de mi esposa); teníamos que seguir para el pueblo de los Muertos. Al tercer día abandonamos el pueblo a donde habíamos llegado; no había camino o sendero transitable desde allí hasta el pueblo de los Muertos porque nadie iba a ir de allí a ese pueblo por nada del mundo.

«NO HABÍA CAMINO»—«DEBÍAMOS ATRAVESAR EL MONTE HASTA EL PUEBLO DE LOS MUERTOS»

El mismo día que abandonamos aquel pueblo, caminamos cuarenta millas por los montes y a las 6:30 p.m.

llegamos a un matorral muy espeso, tan espeso que una serpiente no podía atravesarlo sin hacerse daño.

Así que nos detuvimos allí porque no podíamos ver bien, ya que estaba oscuro. Dormimos en aquellos matorrales pero alrededor de las dos de la madrugada vimos allí a un ser. No estábamos seguros si era un espíritu o un ser dañino. Venía en nuestra dirección, blanco de pies a cabeza pero no tenía cabeza, pies o manos como los seres humanos y en la parte superior del cuerpo tenía un ojo grande. Tenía de largo alrededor de ¼ de milla y unos seis pies de diámetro y parecía un ciempiés blanco. Tan pronto lo vi venir hacia nosotros, pensé que no había forma de detenerlo; entonces recordé un amuleto que mi padre me había dado antes de morir.

Este amuleto funcionaba de la siguiente forma: Si lo usaba al toparme con un espíritu o algún ser dañino por la noche, me transformaba en un gran fuego y humo y el ser dañino no podía acercarse al fuego. Entonces utilicé el amuleto y éste destruyó al ser blanco, pero antes de que quedase reducido a cenizas, vimos alrededor de noventa de la misma especie de este ser largo y blanco. Todos se dirigían hacia nosotros (al fuego) y al llegar al fuego (a nosotros) el grupo completo lo rodeó o se inclinó hacia el fuego. Después de eso, todos empezaron a gritar: «frío, frío, frío», etc., pero como habían rodeado el fuego no querían marcharse de allí, aunque nada podían contra el fuego (nosotros). Sólo estaban calentándose y parecían muy contentos con el fuego y con poder quedarse allí mientras ardiese para ellos. Claro, pensé que como nos habíamos convertido en fuego, estaríamos seguros. Pero no. Cuando estaba pensando en cómo alejarnos de esos seres, recordé que si empezábamos a movernos quizás esos seres se irían, porque desde la

1 a.m. de esa madrugada hasta 10 a.m. siguieron calentándose junto al fuego y no intentaron regresar al lugar de donde habían venido ni fueron a comer. Claro que no puedo afirmar con seguridad si estaban comiéndose a otros seres o no.

Pero no vayan a pensar que porque nos habíamos transformado en fuego no teníamos hambre, pues el caso es que teníamos mucha hambre a pesar de ser fuego y si nos transformábamos en personas, esos seres blancos tendrían la oportunidad de matarnos o hacernos daño.

Entonces comenzamos a movernos, pero al hacerlo, aquellos seres blancos también empezaron a moverse con el fuego hasta que abandonamos el espeso matorral. Al salir de allí llegamos a un campo grande, entonces regresaron al matorral. Pero aunque lo ignorábamos, a aquellos seres largos y blancos les estaba prohibido entrar en el monte de sus vecinos y no invadieron aquel campo, aunque se sentían contentos con el fuego, y los seres de aquel campo tampoco debían penetrar en los montes de los otros.

Como nos habíamos liberado de los seres blancos, comenzamos a caminar por aquel campo. Este campo no tenía árboles o palmas; allí solamente crecían hierbas silvestres semejantes al maíz, cuyas hojas peludas eran filosas como una cuchillita de afeitar. Seguimos caminando por aquel campo hasta las 5 de la tarde y después de eso comenzamos a buscar un lugar apropiado para pasar la noche.

Pero mientras buscábamos ese lugar, vimos allí una CASA DE TERMITAS, parecida a una sombrilla de color crema y de 3 pies de alto. Colocamos debajo nuestros bultos y descansamos allí unos minutos. Entonces pen-

samos hacer un fuego allí para cocinar nuestros alimentos, pues teníamos hambre. Pero como no había palos secos cerca de aquel lugar, nos levantamos y fuimos más lejos a recoger palos para el fuego; pero al alejarnos de allí nos encontramos como una figura que se arrodilló. Tenía forma de mujer y era también color crema. Después de recoger los palos, regresamos a la casa de las termitas e hicimos un fuego, cocinamos nuestros alimentos y comimos. Alrededor de las ocho de la noche nos acostamos al pie de la casa de las termitas, pero no podíamos conciliar el sueño por miedo, y alrededor de las 11 de esa noche empezamos a oír ruidos como si nos encontráramos en medio de un mercado. Entonces pusimos mucha atención y antes de levantar la cabeza, estábamos en el centro de un mercado. Ignorando que era el dueño del mercado, habíamos colocado nuestros bultos, hecho un fuego y dormido junto a él, pues creíamos que se trataba sólo de una casa de termitas, pero no era así.

Entonces empezamos a preparar inmediatamente nuestros bultos para abandonar el lugar —quizás estuviéramos fuera de peligro— pero cuando estábamos en esta labor, los seres de aquel campo nos cercaron y nos agarraron como hace un policía. Así que los seguimos y también la casa de las termitas (el dueño del mercado), bajo la cual habíamos dormido, nos siguió. Mientras lo hacía, iba dando saltos porque no tenía pies, aunque sí una cabeza pequeñita como la de un bebé de un mes de nacido, y al llegar al lugar donde se había arrodillado la figura, ella se levantó y nos siguió también.

Pero después de caminar alrededor de veinte minutos, llegamos al palacio de su rey, aunque no estaba allí en ese momento.

El palacio estaba casi cubierto de desperdicios y parecía una viëja casa en ruinas. Al ver que el rey no estaba allí, aquellos seres del campo esperaron media hora a que llegara, pero cuando nosotros (mi esposa y yo) lo vimos, resultó que él también era un desperdicio porque estaba casi cubierto de hojas secas y frescas y no podíamos ver sus pies, su cara, etc. Entró en el palacio e inmediatamente vino y se sentó sobre los desperdicios. Después de eso, la gente nos llevó ante él y presentó una querella porque habíamos invadido el pueblo. No bien se le comunicó, el rey preguntó quiénes eran aquellos idiotas, pero la gente dijo que no podía describirnos porque nunca había visto antes seres como nosotros. Como mi esposa y yo no habíamos abierto la boca hasta ese momento, creyeron que no podíamos hablar; entonces el rey le dio a uno de ellos un palo puntiagudo para que nos pinchara y ver si hablábamos o sentíamos dolor. Hizo lo que el rey le ordenó. Así que nos pinchó sin misericordia con aquel palo y sentimos dolor y gritamos, pero tan pronto como oyeron nuestra voz soltaron unas carcajadas como explosiones de bomba y conocimos personalmente a «Carcajada» aquella noche, porque cuando todos cesaron en sus carcajadas, «Carcajada» continuó por dos horas. Mientras «Carcajada» se reía de nosotros aquella noche, mi esposa y yo nos olvidamos de nuestros dolores y nos reímos con él, porque se reía con voces extrañas que nunca habíamos oído antes. No supimos el momento en que caímos en su risa, pero sólo nos estábamos riendo de la risa de «Carcajada» y nadie que lo oyera reír podía dejar de reírse de manera que si alguien, hombre o mujer, seguía riéndose con «Carcajada», moriría de pronto o se desmayaría de tanto reír, porque reír era su profe-

sión y se aprovechaba de eso. Entonces empezaron a implorarle a «Carcajada» que parara, pero no podía hacerlo. Ignorando que estos seres del campo jamás habían visto seres humanos, el rey les dijo al cabo de un rato que nos llevaran ante sus «dioses de la guerra». Pero al oír esto me alegré mucho, porque yo también era «Padre de dioses». Estos seres del campo nos empujaron ante sus «dioses de la guerra» como había ordenado el rey, pero no se acercaron al «dios» porque nadie podía hacerlo y regresar con vida. Después de empujarnos ante el rey y regresar al mercado, como el «dios» podía hablar y yo también era «Padre de los dioses» y conocía todos los secretos de los «dioses», le hablé a este dios, y en vez de hacernos daño nos condujo fuera de aquel campo. Mientras el rey hablaba le salía vapor por la nariz y la boca como si fuera una caldera grande, y resoplaba cada cinco minutos. Fue así como abandonamos a los seres del campo y aquel campo.

LA «ISLA DEL ESPECTRO»

Entonces comenzamos nuestro viaje por otro monte que naturalmente estaba lleno de Islas y pantanos, y los seres de las Islas eran muy bondadosos y tan pronto como llegamos allí, nos recibieron con amabilidad y nos dieron una casa preciosa en su pueblo. La Isla se llamaba «Isla del Espectro»; era muy alta y completamente rodeada de agua; todos en la Isla eran muy amables y se amaban los unos a los otros y su trabajo consistía solamente en sembrar lo que comían; después no hacían otra cosa que tocar música y bailar. Eran los seres más hermosos en el mundo de los seres extraños, y tam-

bién los bailarines y músicos más maravillosos, y se pasaban el día y la noche tocando música y bailando. Pero como el clima de la Isla nos era propicio, y viendo que no saldríamos de allí en seguida, nos pusimos a bailar con ellos y hacer lo que ellos hacían. Cuando estos seres de la Isla se vestían cualquiera los hubiera creído seres humanos, y sus hijos siempre estaban actuando en obras de teatro. Como vivíamos con ellos, me convertí en campesino e hice todo tipo de cultivos. Pero un día, cuando la cosecha ya estaba madura, vi un animal horrible acercándose a la finca y devorando las cosechas; y una mañana, al toparme con él allí, traté de arrojarlo de la finca; pero naturalmente no pude acercarme a él, porque era tan grande como un elefante. Sus uñas tenían alrededor de dos pies de largo, la cabeza era diez veces más grande que el cuerpo. Tenía una bocaza con dientes de un pie de largo y tan gruesos como los cuernos de una vaca; el cuerpo lo tenía casi cubierto de pelos largos y negros, como los de la cola de un caballo, y muy sucio. Tenía cinco cuernos en forma de curva que le bajaban hasta la cabeza; las cuatro patas eran tan grandes como un madero. Y como no me podia acercar le tiré piedras desde lejos, pero antes de que las piedras lo alcanzaran, había llegado a donde yo estaba, listo para el combate.

Entonces me puse a cavilar cómo podría escapar de aquel animal espantoso. En ese momento crítico, ignoraba que fuese el dueño de la tierra en la que había sembrado, y que estaba enojado porque no le había ofrendado sacrificios antes de hacer mis siembras allí, pero cuando comprendí lo que quería de mí, recogí parte de la cosecha y se la ofrecí; y cuando vio lo que le ofrecía, me indicó con una señal que subiera sobre

sus espaldas y así lo hice, y ya ni lo oía. Luego me llevó a su casa, no lejos de la finca. Al llegar allí se agachó, me bajé y después entró en la casa y trajo 4 granos de maíz, 4 granos de arroz y cuatro semillas de *okra*[1] y me los entregó. Entonces regresé y las sembré todas a la vez. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa al ver que los granos y semillas germinaron en seguida! Antes de que transcurrieran 5 minutos eran matas grandes y en diez minutos dieron frutos que maduraron también; así que los recogí y regresé al pueblo (La Isla del Espectro).

Pero después que las siembras dieron sus últimos frutos y se secaron, las arranqué y guardé las semillas como precaución, ya que viajábamos por los montes.

«NADIE ES DEMASIADO PEQUEÑO PARA SER RECLUTADO»

En los viejos tiempos había muchos seres maravillosos. Un día, el rey de la «Isla del Espectro» reclutó a toda la gente, espíritus y seres espantosos de la Isla para que lo ayudaran a desbrozar un campo de maíz que tenía alrededor de 2 millas cuadradas. Entonces nos reunimos una mañana, salimos para el campo de maíz y lo desbrozamos. Regresamos después donde el rey y le dijimos que habíamos desbrozado su campo de maíz; nos lo agradeció y nos dio comida y bebidas.

Pero en realidad ningún ser es demasiado pequeño para ser reclutado. Ignorábamos que tan pronto hubimos de abandonar el campo, un ser diminuto que no

[1] *Okra:* Mata conocida en las Antillas con el nombre de *maeva. (N. del T.)*

fue reclutado con nosotros por el rey había ido al campo y ordenado a todas las hierbas que habíamos arrancado que crecieran otra vez.

Estas fueron sus palabras: «EL REY DE LA 'ISLA DEL ESPECTRO' LE SUPLICÓ A TODOS LOS SERES, MENOS A ÉL, POR LO TANTO, CRECED HIERBAS Y VAYAMOS A BAILAR CON LA BANDA DE LA 'ISLA DEL ESPECTRO'; SI LA BANDA NO PUEDE TOCAR, BAILAREMOS CON MÚSICA MELODIOSA.»

Pero no bien el ser diminuto dio esta orden a las hierbas, todas crecieron como si el campo no hubiese sido desbrozado en dos años. Entonces, temprano en la mañana del segundo día del desbrozo, el rey fue al campo a ver sus maizales, pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrar el campo cubierto de hierbas! Entonces regresó al pueblo y nos reunió a todos y nos preguntó por qué no habíamos desbrozado el campo. Contestamos que el día anterior lo habíamos desbrozado, pero el rey dijo que no lo habíamos hecho. Entonces fuimos todos al campo para ser testigos del hecho, pero vimos que el campo no estaba desbrozado, tal como dijo el rey. Después de eso nos reunimos y fuimos a desbrozarlo como lo habíamos hecho anteriormente; después regresamos otra vez ante el rey y le dijimos que ya lo habíamos desbrozado. Pero cuando fue allí, lo encontró sin desbrozar, como antes, y regresó al pueblo y nos repitió que no habíamos desbrozado su campo; entonces todos nosotros corrimos hacia el campo y lo encontramos cubierto de hierbas. Por lo tanto, nos reunimos por tercera vez y fuimos a desbrozarlo; después de terminar le dijimos a uno de los que estaban con nosotros que se escondiera en un matorral cercano al campo, y antes de que transcurrieran

30 minutos de estar vigilando el campo vio cómo un ser muy diminuto, que era bebé de un día de nacido, ordenaba a las hierbas que crecieran, como lo había hecho antes. Entonces uno de nosotros, que se había escondido dentro del matorral para vigilarlo, hizo un gran esfuerzo, se apoderó de él y lo llevó ante el rey; cuando el rey vio al diminuto ser nos llamó al palacio.

Después de eso le preguntó quién ordenaba a las hierbas que crecieran después de la limpia. El ser diminuto contestó que había ordenado a las hierbas que crecieran porque el rey había reclutado a todos los seres en el pueblo de la «Isla del Espectro», menos a él; y aunque era el más diminuto entre todos los seres tenía la facultad de hacer que las hierbas, etc., que habían sido desbrozadas, crecieran otra vez como si no hubiesen sido desbrozadas. Pero el rey dijo que sencillamente se había olvidado de reclutarlo con los demás, y que no se debía a su pequeña estatura.

Entonces el rey se excusó y después de eso se retiró. Este era un ser diminuto y maravilloso.

Después de pasarnos (mi esposa y yo) 18 meses en esta «Isla del Espectro», le dijimos que queríamos continuar nuestro viaje porque no habíamos llegado a nuestro paradero. Y como los seres de esta Isla eran muy amables, le obsequiaron a mi esposa muchos artículos de lujo; entonces recogimos nuestros bultos y temprano por la mañana todo el pueblo de la «Isla del Espectro» nos acompañó en una canoa grande y mientras remaban por el río cantaban canciones de «despedida». Al llegar a la frontera, se detuvieron; pero cuando nos bajamos de la canoa regresaron al pueblo cantando y tocando una música muy bella de despedida. De haber podido nos hubieran acompañado hasta

nuestro destino, pero les estaba prohibido entrar en el territorio o en el monte de otros seres.

Aunque habíamos disfrutado de todo en la «Isla del Espectro», todavía teníamos muchas tareas por delante. Entonces comenzamos nuestro viaje por otro monte, pero no olviden que por aquellos montes no había caminos.

Al entrar en el monte y después de caminar alrededor de 2 millas, empezamos a percatarnos de que había allí muchos árboles sin hojas marchitas, palos secos y desperdicios. Como teníamos mucha hambre antes de llegar allí, depositamos nuestros bultos al pie de un árbol. Luego buscamos alrededor del árbol pedazos de madera seca para prender un fuego, pero no encontramos nada; nos sorprendimos al sentir un olor agradable por todo el monte. Olía como si estuvieran horneando bizcochos, pan, o asando aves o carne; gracias a Dios que empezamos a olfatear aquel olor tan agradable y nos sentimos muy satisfechos con eso y no volvimos a tener hambre. Aquel monte era muy «voraz», así que al cabo de una hora de estar sentados al pie del árbol, el terreno donde estábamos sentados empezó a calentarse y no pudimos permanecer allí un minuto más; entonces recogimos nuestros bultos y proseguimos nuestro camino.

Mientras íbamos por aquel monte vimos un estanque y hacia allí nos desviamos; entonces empezamos a beber en el estanque, pero como el agua se secó ante nuestros ojos seguimos estando muy sedientos, y no había por allí un solo ser vivo. Pero entonces, al ver que el terreno de aquel monte estaba muy caliente y que no podíamos pararnos, sentarnos o dormir hasta por la mañana, y que al monte no le gustaba que nadie permaneciera allí más del tiempo necesario, salimos de

allí; pero en el camino vimos otra vez muchas palmas sin hojas, con pajaritos en lugar de hojas; todas esas palmas estaban en hilera. La primera que encontramos era muy alta y cuando aparecimos ante ella, se rió. Entonces la segunda palma le preguntó por qué se reía; contestó que estaba viendo dos seres vivos en el monte, pero tan pronto como llegamos ante la segunda palma, ella también se rió de nosotros tan escandalosamente que una persona a cinco millas de distancia la hubiera oído. Entonces todas ellas se reían de nosotros, y como estaban en hilera todo el monte parecía resonar con los ruidos de un gran mercado. Pero cuando levanté la cabeza y miré hacia las copas de las palmas, noté que tenían cabezas y que las cabezas eran artificiales, pero hablaban como seres humanos, aunque lo hacían en un lenguaje extraño y todas fumaban unas pipas grandes y largas mientras nos observaban; por supuesto, no puedo decir dónde consiguieron las pipas. Para ellas éramos cosa muy curiosa, ya que nunca habían visto seres humanos.

Como pensábamos dormir allí, no podíamos acostarnos o permanecer, a causa de sus ruidos y su risa. Después que abandonamos el «Monte voraz» nos internamos en un bosque alrededor de la 1:30 de la noche y dormimos bajo un árbol hasta por la mañana, pero no habíamos comido desde que abandonamos la «Isla del Espectro», la isla más bella en el mundo de los seres extraños. Al amanecer nos despertamos bajo el árbol, hicimos un fuego, cocinamos nuestra comida y nos la comimos allí; pero antes de terminar vimos a los animales del bosque correteando de un lado para el otro y muchos pájaros persiguiendo a los animales por todas partes y comiéndose la carne de los animales. Los pája-

ros tenían alrededor de 2 pies de largo y los picos también tenían un pie de largo y el filo de una espada.

Cuando estos pájaros empezaron a comerse la carne de aquellos animales, vimos enseguida alrededor de 50 agujeros en los cuerpos de aquellos animales y en un segundo los animales se desplomaron y murieron, pero cuando empezaron a devorar los animales muertos no tardaron 2 minutos en terminar con ellos (los cuerpos) y tan pronto los devoraron empezaron a perseguir a otros. Cuando vieron donde nos habíamos sentado, nos miraron con fiereza y también con asombro; pero como se estaban comiendo los animales, pensé que podrían tirársenos encima; entonces recogí hojas muertas y les prendí fuego y les eché un hechizo que me había dado mi amigo, el ser de dos cabezas en el «Bosque de los Espíritus, 2do. País de los Espíritus». El olor del polvo espantó en unos minutos a todos los pájaros. De manera que de día nos alejamos por aquel bosque todo lo que pudimos. Pero al anochecer, nos sentamos bajo un árbol y depositamos nuestros bultos; cuando anochecía nos sentábamos y dormíamos bajo los árboles para protegernos. Cuando estábamos bajo aquel árbol pensando en los peligros que nos acechaban aquella noche, vimos un «Espíritu de Presa», grande como un hipopótamo, pero que caminaba erecto como un ser humano, con una cabeza como la de un león y todo el cuerpo cubierto de escamas duras. Cada escama era del mismo tamaño de una pala o un azadón y curveada hacia el cuerpo. Si este «Espíritu de Presa» quería capturar a su víctima, sencillamente la miraba, parado en un lugar; no la perseguía de un lado para el otro. Entonces, cuando enfocaba bien a la víctima, cerraba sus grandes ojos y antes de abrirlos de nuevo ya su

víctima estaba muerta y se había arrastrado hasta el lugar donde él estaba parado. Cuando este «Espíritu de Presa» se acercó al lugar donde dormíamos aquella noche, se detuvo a unas 80 yardas de nosotros y nos miró con ojos que despedían un haz de luz del color del mercurio.

Como esa luz brillaba sobre nosotros, enseguida empezamos a sentir calor como si nos hubiésemos bañado con agua y hasta mi esposa se desmayó a causa de ese calor. Pero ya yo le suplicaba a Dios que no permitiera que aquel «Espíritu de Presa» cerrase los ojos, porque si los cerraba pereceríamos allí. Pero Dios es tan bueno que el espíritu no se acordó de cerrar los ojos en aquel momento y yo mismo sentía demasiado el calor de sus ojos y también estaba a punto de desmayarme de la sofocación. Entonces vi a un búfalo que pasaba por aquel camino en ese momento y entonces el «Espíritu de Presa» cerró los ojos como era costumbre en él y el búfalo murió y se arrastró hasta él y después de eso empezó a devorarlo. Ahora tenía la oportunidad de escapar, pero al recordar que mi esposa se había desmayado, busqué por donde estábamos sentados y vi un árbol de muchas ramas; entonces me subí en él con mi mujer y dejamos los bultos al pie del árbol. Con gran sorpresa mía, vi que había devorado el cadáver del búfalo en cuatro minutos y acto seguido enfocó el haz de luz de sus ojos hacia donde habíamos estado antes de subir al árbol, pero sólo encontró allí los bultos. Cuando dirigió el haz de luz de sus ojos hacia los bultos, se arrastraron hasta él, pero cuando los desató, no encontró nada de comer en ellos. Después de eso, nos hizo una guardia casi hasta el amanecer y entonces, al ver que no podía agarrarnos se alejó.

Como me pasé toda aquella noche curando a mi esposa, temprano por la mañana estaba bien. Entonces bajamos del árbol y empaquetamos nuestras cosas y enseguida comenzamos nuestro viaje. Antes de las 5 p.m. habíamos dejado atrás aquel monte. Así fue como nos salvamos del «Espíritu de Presa», etc.

Comenzamos nuestro viaje por otro monte lleno de seres distintos; era más pequeño y variado que el que habíamos dejado atrás pues encontramos muchas casas arruinadas desde hacía cientos de años y las propiedades de aquellos que abandonaron el lugar estaban como si las usaran todos los días. Vimos allí, sentada en una piedra plana, una figura de senos largos, ojos profundos y aspecto muy feo y espantoso. Después penetramos en ese pueblo en ruinas y vimos una figura con una cesta llena de *kolas*[1] y entonces tomé una de las *kolas*, pero con gran sorpresa nuestra, al cogerla, oímos de pronto la voz de alguien que decía: ¡NO LA COJAS! ¡DÉJALA AHÍ! pero no hicimos caso a la voz que oímos. Tan pronto cogimos la *kola* proseguimos y otra vez, con gran sorpresa nuestra, vimos allí a un hombre que caminaba hacia atrás o de espalda con los dos ojos en las rodillas y con los dos brazos en los muslos y estos dos brazos eran más largos que sus pies y ambos podían alcanzar la parte más alta de cualquier árbol, y tenía también un látigo largo. Nos perseguía con el látigo mientras nos apresurábamos, así que entonces empezamos a huir pero nos persiguió dos horas por aquel monte, de un lado para el otro. Quería azotarnos con el látigo. Pero al huir de este ser, cogimos inesperadamente un camino ancho y al entrar por ese lugar él

[1] *Kolas:* Nuez amarga muy común en África. Contiene cafeína. *(N. del T.)*

regresó de pronto, aunque no sabíamos si iba a coger aquel camino.

Al llegar a aquel camino esperamos treinta minutos por si veíamos pasar a alguien, pues no sabíamos por cuál de los dos seguir y además quizás el camino no existiese. Pero aunque esperamos 30 minutos allí no pasó nadie, ni una sola mosca voló sobre el camino.

Como el camino estaba muy limpio notamos que no se podía advertir la huella de un pie, por lo que supusimos que conducía al: «Pueblo celestial del que no se regresa». Pueblo al que fatalmente seres humanos u otros seres entraban, pero si alguien lo hacía, sin duda que él o ella no regresaría otra vez, porque los habitantes del pueblo eran muy malos, crueles y despiadados.

EL CAMINO DEL PUEBLO CELESTIAL DEL QUE NO SE REGRESA

Ahora seguimos aquel camino desde el norte y estábamos muy alegres de viajar por allí, pero seguíamos sin encontrar la huella de un pie ni a nadie en el trayecto. Como caminamos desde las dos hasta las siete de la noche sin llegar a un pueblo a al fin, nos detuvimos entonces al borde del camino y prendimos un fuego allí. Cocinamos y comimos la comida allí y allí dormimos también. pero no ocurrió nada en toda la noche. Al amanecer nos despertamos, cocinamos y comimos.

Después comenzamos nuestro viaje, pero aunque caminamos desde esa mañana hasta las 4 de la tarde no vimos o encontramos a nadie en aquel camino y enton-

ces sí estábamos seguros de que era el camino del «Pueblo celestial del que no se regresa», por lo que continuamos. Nos detuvimos y dormimos allí hasta por la mañana. Muy temprano por la mañana, nos despertamos y preparamos la comida y comimos. Después de eso decidimos proseguir otro tramo antes de abandonar el camino.

Pero mientras proseguíamos, y al llegar el momento en que decidimos desviarnos hacia la izquierda para continuar nuestro viaje por otro monte, nos vimos imposibilitados de desviarnos o detenernos. No hacíamos más que avanzar por el camino hacia el pueblo. Hicimos lo posible por detenernos pero todo fue en vano.

Ahora nos preguntábamos cómo detenernos, porque nos acercábamos al pueblo. Recordé entonces uno de los hechizos que había olvidado y lo invoqué para detenernos, pero en vez de eso empezamos a movernos con más rapidez que antes. Cuando faltaba un cuarto de milla para llegar al pueblo, nos topamos con un portón grande que atravesaba el camino, pero estaba cerrado en ese momento. Entonces, al llegar al portón, pudimos detenernos pero no podíamos avanzar ni retroceder. Nos quedamos parados frente a aquel portón unas tres horas antes de que se abriera solo y entonces nos movimos inesperadamente hacia el pueblo y sin saber quién nos empujaba. Al entrar en aquel pueblo vimos seres que jamás habíamos visto antes y no podría describirlos a todos aquí, pero no obstante les contaré algunos de los cuentos, que son como sigue: Este pueblo era muy grande y lleno de seres desconocidos y tanto los adultos como los niños eran muy crueles con los seres humanos y, sin embargo, buscaban la manera de que sus crueldades fueran peores. Tan pronto entra-

mos en su pueblo, seis de ellos nos sujetaron firmemente y los demás nos golpearon y los niños también nos tiraban piedras sin cesar.

Estos seres desconocidos lo hacían todo incorrectamente, pues vimos allí que si uno de ellos quería trepar un árbol, se subía en la escalera antes de apoyarla contra el árbol. Cerca del pueblo había una planicie, pero habían construido sus casas en la ladera de una loma empinada de manera que todas las casas estaban inclinadas como si fueran a caerse y sus hijos estaban siempre deslizándose desde estas casas, pero a sus padres no les importaba eso. Ninguno se bañaba, pero bañaban sus animales domésticos; usaban como ropa una especie de hoja, pero tenían ropas lujosísimas para sus animales domésticos y les cortaban las uñas a sus animales domésticos, pero ellos se dejaban las uñas sin cortar durante cientos de años. Vimos allí a muchos de ellos durmiendo también sobre los techos de las casas y decían que sólo podían utilizar las casas que habían construido con sus manos para dormir sobre ellas.

El pueblo estaba rodeado de una muralla alta y gruesa. Si alguien de la tierra entraba por equivocación en su pueblo, los capturaban a él o a ella y comenzaban a arrancarle, a él o a ella, la carne a pedazos mientras aún estaba vivo o viva. A veces apuñalaban los ojos de una personas con un cuchillo puntiagudo y la dejaban allí hasta que moría con mucho dolor. Mientras seis de ellos nos sujetaban firmemente, nos llevaron ante su rey y en el camino los demás y sus hijos nos golpeaban y nos tiraban piedras. Pero cuando quisimos entrar en el palacio del rey nos encontramos un número incalculable de ellos a la entrada del palacio del rey esperándonos para golpearnos. Al entrar en el palacio nos

entregaron a los criados del rey. Después los criados nos llevaron ante el rey, pero mientras estábamos dentro del palacio miles de ellos nos esperaban a la entrada del palacio y algunos tenían palos, cuchillos, alfanjes y otras armas de combate y todos los niños, piedras.

Las preguntas del rey fueron las siguientes: ¿De dónde veníamos? Contesté que de la tierra. ¿Cómo nos las arreglamos para llegar hasta el pueblo? Contesté que su camino nos trajo hasta el pueblo y que no quisimos en absoluto llegar allí. ¿A dónde íbamos? Contesté entonces que íbamos al pueblo del sangrador de vino de palma, muerto en mi pueblo hacía mucho tiempo. Como ya dije, estos seres desconocidos eran muy crueles con cualquiera que entrara por equivocación en su pueblo y al contestar todas las preguntas, él nos repitió el nombre de su pueblo: «Pueblo celestial del que no se regresa». Dijo: —Un pueblo donde sólo viven enemigos de Dios, seres crueles, voraces y despiadados. Después que dijo esto, ordenó a sus criados que nos arrancaran todos los pelos de la cabeza y cuando los criados y los que estaban a la entrada oyeron estas palabras del rey, gritaron y saltaron de alegría. Dios es tan bueno que los criados no nos sacaron del palacio antes de comenzar a afeitarnos la cabeza como había ordenado el rey. De lo contrario, la gente que nos esperaba a la entrada del palacio nos hubieran hecho pedazos.

Entonces el rey les dio piedras planas para que las utilizaran como cuchillas de afeitar y mientras los criados nos arrancaban el pelo con las piedras planas, no lograron afeitarnos como lo hacen las cuchillas de afeitar sino que solamente nos hacían daño en toda la cabeza. Después que hicieron todos los esfuerzos y fracasaron, el rey les dio entonces pedazos rotos de botella

y al usarlos afeitaron a ras parte del pelo y la sangre les impidió ver el resto de nuestro pelo. Pero antes de comenzar a afeitarnos, nos habían atado con sogas fuertes a uno de los pilares del palacio. Después que nos habían afeitado parte del pelo, nos dejaron sueltos allí y fueron a moler pimienta y al cabo de un tiempo trajeron la pimienta y nos la frotaron en la cabeza. Entonces le prendieron fuego a un trapo tupido y lo colgaron sobre nuestras cabezas de manera que casi tocaba nuestras cabezas. Ahora no sabíamos si todavía estábamos vivos o muertos, aunque no podíamos protegernos la cabeza porque teníamos las manos y los cuerpos atados a aquel pilar. Al cabo de media hora de haber suspendido el fuego sobre nuestras cabezas, se lo llevaron y empezaron a raspar otra vez nuestras cabezas con un gran caracol de tierra, pero con anterioridad a ese momento todos los que estaban esperándonos a la entrada regresaron a sus hogares, cansados de esperar tanto tiempo.

Después de eso nos llevaron a pleno sol a un campo muy grande. Por allí no había árboles ni sombras y estaba limpio como un campo de balompié. Estaba cerca del pueblo. Entonces cavaron en el centro del campo dos huecos u hoyos, uno al lado del otro, de tal profundidad que una persona parada dentro podía tocar con la quijada los bordes. Después me metieron en el primero de ellos y a mi esposa en el segundo y los rellenaron con la tierra extraída y la apilonaron de tal manera que apenas podíamos respirar. Colocaron entonces comida cerca de nuestras bocas pero no podíamos tocarla o comérnosla; sabían que ahora teníamos mucha hambre. Después todos ellos hicieron látigos y empezaron a azotarnos las cabezas, pero no teníamos

manos para protegernos la cabeza. Finalmente trajeron un águila para que nos sacara los ojos con el pico, pero el águila sencillamente se quedó mirándonos a los ojos y no nos hizo daño. Entonces regresaron a sus hogares y dejaron allí al águila. Pero como antes de abandonar mi pueblo había domesticado a pájaros semejantes, éste no nos hizo daño en absoluto y permanecimos en aquellos hoyos desde las tres de la tarde hasta por la mañana y alrededor de las 9 salió el sol, que nos castigó con severidad. A las 10 aquella gente volvió otra vez y prendió un fuego grande a nuestro alrededor y durante algunos minutos nos azotaron y luego se marcharon. Pero entonces, cuando el fuego estaba a punto de apagarse, llegaron sus hijos con látigos y palos y empezaron a azotarnos y apedrearnos la cabeza. Cuando terminaron, comenzaron a encaramarse sobre nuestras cabezas y a saltar de una a otra y después empezaron a escupir, orinar y depositar excrementos sobre nuestras cabezas, pero al ver que querían clavar nuestras cabezas, el águila los echó del campo con su pico. Pero antes de que aquellas gentes (los adultos) se marcharan, calculamos la hora en que vendrían a hacernos la última visita, que sería a las 5 de la tarde del segundo día de estar en aquellos hoyos. Dios es tan bueno que a las 3 p.m. vino un gran aguacero y llovió hasta tarde en la noche y se frustró la última visita.

Como llovió mucho, a la una de la mañana los hoyos se ablandaron. Al vernos tratando de salir de los hoyos, el águila se acercó y empezó a escarbar el hoyo donde me encontraba, pero como los hoyos eran muy profundos, no podía escarbar con la rapidez que quería. Pero entonces, sacudiendo el cuerpo a diestro y siniestro, salí del hoyo y corrí hacia mi mujer y la saqué tam-

bién del suyo. Abandonamos rápidamente aquel campo y fuimos hasta la puerta principal del pueblo, pero desgraciadamente la encontramos cerrada y una muralla alta y gruesa rodeaba todo el pueblo, por lo que nos escondimos cerca de la muralla en un monte que no habían limpiado en mucho tiempo. Al amanecer la gente fue al campo y no encontró nada allí. Después todos empezaron a buscarnos y al llegar al monte donde estábamos escondidos trataron de destruirlo con nosotros pero como no pudieron descubrirnos pensaron que habíamos abandonado el pueblo.

Como el sol en aquel pueblo era muy caliente, todos los lugares se secaban pronto. Alrededor de las dos de la madrugada, cuando todos ellos dormían, entramos cautelosamente en el pueblo y cogimos un poco de candela de la fogata que no se había apagado. Todas sus casas eran de hierba y también era la época de la sequía y entonces, como las casas estaban pegadas unas a otras, les prendimos fuego a algunas casas. Inmediatamente cogieron fuego y antes de que pudieran despertarse, todas las casas quedaron reducidas a cenizas y alrededor del noventa por ciento de ellos se quemaron con las casas y ninguno de sus hijos se salvó. Entonces el resto de los que se salvaron huyeron aquella noche.

Al amanecer fuimos al pueblo y no nos topamos con nadie allí. Así que agarramos uno de sus carneros, lo matamos, lo asamos y después comimos todo lo que pudimos y guardamos el resto y cogimos una de sus hachas y dejamos el pueblo vacío y al llegar a la muralla gruesa abrí en la muralla una ventana y salí por ese lugar.

Fue así como nos salvamos de los seres desconocidos del «Pueblo celestial del que no se regresa». Entonces,

después de dejar muy atrás aquel pueblo y creyendo que nos habíamos librado de los seres desconocidos, nos detuvimos y construimos una casita provisional dentro del monte por donde viajábamos. Estaba hecha en alto y cubierta de hojas. Le puse una cerca de estacas para protegernos de los animales, etc. Empecé entonces a atender a mi esposa allí. Durante el día solía recorrer el monte matando animales y después recogía frutas comestibles y nos alimentábamos con ellas. Al terminar los tres meses de tratamiento allí, mi esposa se sentía muy bien, pero mientras rondaba el monte en busca de animales descubrí un alfanje con el mango de madera devorado por los insectos. Entonces lo recogí y le enrollé el hilo de una palma; entonces lo afilé sobre la tierra dura, porque no había piedras, corté un palo fuerte y fino y lo doblé en forma de arco y afilé muchos palitos en forma de flechas y así nos defendíamos. Pero después de un período de cinco meses y unos días en aquella casa, pensamos que era peligroso regresar al pueblo del padre de mi esposa debido a los distintos castigos, y no podíamos encontrar otra vez el camino por el que habíamos viajado desde allá. Regresar era difícil y seguir más difícil, por lo que al fin nos decidimos y proseguimos viaje. Llevamos el arco y las flechas y el alfanje para casos de emergencia, pero no teníamos otra carga porque nos habían quitado los bultos en el «Pueblo celestial del que no se regresa» y naturalmente habíamos quemado los bultos con sus casas. Entonces comenzamos nuestro viaje muy temprano por la mañana pero era un día muy oscuro, como si fuera a llover a cántaros. Entonces, después de caminar siete millas desde aquella casa que abandonamos, nos detuvimos y comimos parte de la carne asada que nos

habíamos llevado. Después de eso seguimos viaje otra vez, pero no habíamos caminado más de una milla en aquel monte cuando llegamos a un río muy grande que nos cortaba el paso, atravesándose en nuestro camino. Al llegar allí no pudimos entrar al río, porque era muy profundo, y notamos que no había canoa u otra cosa con que cruzarlo. Al cabo de unos minutos caminamos hacia la derecha por la ribera de aquel río pensando que quizás llegaríamos al final, pero seguimos más de cuatro millas sin ver el fin. Regresamos entonces y fuimos otra vez hacia la izquierda. Entonces, después de caminar seis millas sin hallar el final, nos detuvimos a pensar en lo que podríamos hacer para cruzarlo. Pero en ese momento pensamos que si avanzábamos por la ribera quizás llegaríamos al final o a un lugar seguro donde descansar o dormir por la noche. No habíamos avanzado más de la tercera parte de una milla, por la ribera del río cuando vimos un árbol grande, de unos mil cincuenta pies de largo y unos doscientos pies de diámetro. Este árbol tenía todas las hojas y las ramas casi blancas, como si las pintaran todos los días con pintura blanca. A unas cuarenta yardas del árbol notamos que alguien se asomaba y nos enfocaba como si un fotógrafo estuviese enfocando a una persona. Así que, no bien lo vimos enfocándonos así, empezamos a correr hacia nuestra izquierda pero él se volvió también en esa dirección. Otra vez doblamos hacia nuestra derecha y él hizo lo mismo, enfocándonos todavía de aquella forma, y no vimos quien nos enfocaba sino aquel árbol que giraba mientras caminábamos. Al ver aquel árbol que nos enfocaba, nos dijimos que no deberíamos esperar más y huimos inmediatamente para salvarnos. Pero tan pronto huimos de aquel árbol, oímos una voz horri-

ble como si muchas personas hablaran dentro de un tanque grande y al mirar para atrás, vimos allí dos manos grandes que salían del árbol y hacían la señal de «PARADA», pero en el instante en que lo vimos hacer esto no nos detuvimos, y después de eso dijo otra vez «PAREN AHÍ Y VENGAN ACÁ» pero tampoco nos acercamos como nos dijo. Repitió lo mismo con otra voz extraña y más fuerte, pero esta vez nos detuvimos y miramos hacia atrás.

Pero al mirar hacia atrás vimos aterrados las manos grandes. Cuando las manos nos dieron la señal para que nos acercáramos mi esposa y yo nos traicionamos, porque al indicarnos las manos que nos acercáramos, mi esposa señaló hacia mí delante de las manos y yo mismo señalé también hacia ella delante de las manos. Después de eso mi esposa me obligó a ir primero y yo la empujé para que fuera primero. Mientras hacíamos esto, las manos nos indicaron otra vez que nos querían a los dos dentro del árbol y pensando que jamás en nuestra vida o desde que viajábamos por los montes habíamos visto un árbol con manos y que hablara, comenzamos a huir como antes pero, con gran sorpresa nuestra, al ver que huíamos otra vez, las manos se alargaron desde el árbol sin fin y nos agarraron mientras huíamos. Después de eso, las manos se fueron retirando hacia el interior del árbol, pero en el instante en que íbamos a tocar el árbol, vimos allí una puerta grande que se abrió y las manos nos halaron por la puerta hacia el interior del árbol.

Ahora, y antes de entrar en el árbol blanco, «vendimos nuestra muerte» a una persona en la puerta por la suma de 70 libras esterlinas y 18 peniques y «alquilamos nuestro miedo» a una persona, en la puerta

también, a un interés mensual de 3 libras esterlinas y 10 peniques y así no nos importó un bledo la muerte y no volvimos a tener miedo. Al entrar en el árbol blanco nos encontramos allí dentro de un pueblo grande y bello y entonces las manos nos dirigieron hacia una vieja y después desaparecieron. Conocimos así a la vieja y nos sentamos en unas sillas, en una sala grande decorada con objetos caros. Nos dijo entonces que nos sentáramos delante de ella y así lo hicimos. Entonces nos preguntó si sabíamos su nombre; dijimos que no y entonces dijo que se llamaba «Madre-Fiel» y que ayudaba solamente a los que se encontraban en apuros y sufrían castigos pero que no mataba a nadie.

Después de eso nos preguntó si sabíamos el nombre de las manos grandes que nos habían conducido ante ella y dijimos que no. Nos dijo entonces que las manos grandes se llamaban «Manos-Fieles» y que el trabajo de Manos-Fieles era vigilar a aquéllos con dificultades, etc., que pasaban o rondaban por su monte, y traérselos.

«EL TRABAJO DE MADRE-FIEL EN EL ÁRBOL BLANCO»

Después de relatar su historia, le dijo a uno de los criados que nos diera comida y bebidas y enseguida los criados nos sirvieron de comer y beber, pero después de comer y beber hasta quedar satisfechos, la Madre-Fiel nos dijo que la siguiéramos y así lo hicimos. Nos condujo al salón de baile grande que estaba en el centro de la casa y vimos allí a más de 300 personas bailando. El salón estaba decorado con un millón de libras esterlinas y había muchas fotografías y las

nuestras también en el centro del salón. Pero nuestras fotografías se parecían demasiado a nosotros y además eran blancas, pero nos sorprendió mucho ver nuestras fotografías allí. Quizás alguien que estuvo enfocándonos como un fotógrafo, al principio, antes de que las manos nos halaran hacia el interior del árbol blanco, nos había fotografiado. No podíamos estar seguros. Por lo tanto le preguntamos a Madre-Fiel qué hacía con todas las fotografías. Contestó que eran recuerdos y servían para conocer a aquéllos a quienes ayudaban en sus dificultades y castigos. En aquel hermoso salón había todo tipo de comidas y bebidas y más de veinte escenarios con innumerables orquestas, músicos y bailarines. Las orquestas estaban tocando sin parar. Los niños de siete a ocho años etc., estaban siempre bailando «tap» y otros bailes sobre el escenario, al compás de melodías. También cantaban como locos hasta por la mañana sin dejar de bailar. Vimos que todas las luces del salón eran tecnicolores y cambiaban cada cinco minutos. Después pasamos al comedor y a la cocina, donde encontramos a trescientos cuarenta cocineros que estaban atareados como abejas. Todas las habitaciones de la casa estaban en hilera. Madre-Fiel nos llevó entonces al hospital, donde encontramos muchos pacientes en sus camas de enfermos y nos puso en manos de uno de los hombres que hacía las patentes para que nos atendiera el cráneo que la gente del «Pueblo celestial del que no se regresa» nos había afeitado a la fuerza con botellas rotas.

Permanecimos bajo tratamiento en aquel hospital una semana antes de que nos creciera el pelo y después regresamos a donde Madre-Fiel, que nos dio una habitación

NUESTRA VIDA CON MADRE-FIEL EN EL ÁRBOL BLANCO

Ahora vivíamos con Madre-Fiel, que nos cuidaba con fidelidad, pero a la semana de vivir con ella nos habíamos olvidado de nuestros tormentos pasados y nos dijo que fuéramos al salón cada vez que quisiéramos. Así que temprano por la mañana íbamos al salón y empezábamos a comer y a beber porque no teníamos que comprar nada de lo que nos hacía falta y empecé a prodigarme todas las bebidas, ya que había sido un gran bebedor de vino de palma en mi pueblo antes de marcharme. Y, al mes, mi esposa y yo nos convertimos en buenos bailadores. Esto era un poco raro. Una noche, alrededor de las dos de la madrugada, al encontrarnos cortos de bebidas, el camarero jefe informó a Madre-Fiel de la escasez de bebidas y que no había más en el almacén. Entonces ella le dio al camarero jefe una botellita del tamaño de una ámpula que contenía sólo una pequeña cantidad de vino. Cuando el camarero jefe la trajo al salón empezamos a beber de ella, pero en tres días y sus noches todos no pudimos bebernos ni la quinta parte del vino que la botella contenía. Así que al cabo de unos tres meses de estar dentro del árbol blanco, nos convertimos en inquilinos de la casa y comíamos gratis cualquier cosa que nos gustara. Había una habitación especial en esta casa para apostar dinero y me uní a la pandilla, pero como no era lo suficiente bueno, todo el dinero por el que había vendido nuestra «muerte» fue a parar a manos de los jugadores expertos. Pero me había olvidado de que un día tendríamos que abandonar aquel lugar

y necesitaríamos dinero para nuestros gastos. Por supuesto el prestatario de nuestro «miedo» nos pagaba con regularidad todos los meses. Ahora nos disgustaba tener que continuar nuestro viaje hacia el pueblo al que nos dirigíamos antes de entrar en el interior del árbol blanco. En realidad, no queríamos abandonar jamás aquel lugar.

Pero al cabo de un período de un año y dos semanas en casa de Madre-Fiel, una noche nos llamó a mi esposa y a mí y nos dijo que había llegado la hora de que marcháramos y prosiguiéramos nuestro viaje. Cuando nos dijo esto, le suplicamos que no nos dejara ir de allí y entonces contestó que no tenía derecho a demorar a nadie más de un año y algunos días y que si pudiera, nos concedería lo que le pedíamos. Después de eso nos dijo que fuéramos a preparar nuestros bultos y que estuviéramos listos para salir al día siguiente por la mañana. Entonces regresamos a nuestra habitación y empezamos a preocuparnos, porque nuestros castigos iban a comenzar de nuevo. No fuimos al salón esa noche y estuvimos despiertos hasta que amaneció y temprano por la mañana se nos ocurrió ir a decirle que nos escoltara hasta nuestro destino. Fuimos entonces a verla y le dijimos que estábamos listos para partir y queríamos que nos guiara hasta nuestro destino, a causa de los seres espantosos del monte. Pero nos dijo que no podía concedernos esa petición porque ella no debía ir más allá de la frontera. Así que me dio un rifle, municiones y un alfanje y a mi esposa muchos trajes caros, etc., de regalo y cantidad de carne asada, bebidas y cigarros. Después de eso nos acompañó, pero lo que nos sorprendió mucho fue ver cómo el árbol se abrió como una puerta grande y nos encontramos de pronto en el

monte. La puerta se cerró inmediatamente y el árbol parecía un árbol corriente que no podía abrirse en esa forma. Pero no bien nos encontramos al pie de aquel árbol blanco en pleno monte, los dos (mi esposa y yo) exclamamos de pronto: «Estamos en el monte de nuevo». Porque fue como si una persona durmiera en su cuarto, de ella o de él, pero al despertarse se encontrara, ella o él, dentro de un gran monte.

Tomamos entonces nuestro «miedo» del prestatario, quien nos pagó el último interés. Encontramos al que nos había comprado nuestra «muerte» y le dijimos que nos la devolviera, pero dijo que no nos la podía devolver porque nos la había comprado y pagado y así dejamos nuestra «muerte» con el comprador y sólo nos llevamos nuestro «miedo». Así que cuando Madre-Fiel nos guió hasta el río que no habíamos podido vadear ni cruzar antes de ver el árbol blanco, nos detuvimos y la miramos. Al cabo de un rato, recogió del suelo un palito como un fósforo y lo tiró al río, pero en ese mismo instante descubrimos allí un puente que se tendía sobre el río hasta el otro extremo. Nos dijo entonces que cruzáramos al otro extremo, pero se quedó parada en el mismo sitio y al tiempo que llegábamos al otro extremo alargó la mano y tocó el puente, pero sólo vimos aquel palito en su mano. Después estuvo cantando y saludándonos con la mano y nosotros nos pusimos a hacer lo mismo y entonces desapareció. Así fue como dejamos en el árbol blanco a la Madre-Fiel que guardaba fidelidad a todos los seres.

Tomamos nuestro «miedo» e iniciamos nuestro viaje como siempre, pero antes de que transcurriera una hora de haber dejado a Madre-Fiel, cayó un gran aguacero y la lluvia nos castigó durante dos horas antes de que

cesara, porque no había refugio ni nada en aquel monte. Mi esposa no podía viajar con tanta rapidez como era nuestro deseo; así, nos detuvimos y comimos la carne asada que nos había dado Madre-Fiel, descansamos allí dos horas y después comenzamos otra vez nuestro viaje. Pero cuando caminábamos por aquel monte, nos encontramos a una joven que venía hacia nosotros, y al verla viramos por otro camino, pero ella también viró. Nos detuvimos entonces para que se acercara e hiciera lo que se le antojase, porque como habíamos vendido nuestra «muerte» no podíamos morir de nuevo, pero le teníamos miedo porque no habíamos vendido nuestro «miedo». Al acercarse esta dama a nosotros, notamos que vestía un traje largo muy elegante y tenía muchas cuentas de oro en el cuello y calzaba zapatos de tacón alto de un color parecido al aluminio. Era tan alta como un palo de unos diez pies de largo y el color de su cara era rojo profundo. Después de acercarse a nosotros se detuvo y nos preguntó a dónde íbamos. Le contestamos que íbamos al «Pueblo de los Muertos» y preguntó entonces de dónde veníamos. Contestamos que veníamos de ver a Madre-Fiel en el árbol blanco. Entonces, al decirle esto, nos dijo que la siguiéramos, pero cuando dijo eso le cogimos miedo y mi esposa dijo: «Esto no es un ser humano y no es un espíritu pero, ¿qué es?» Entonces la seguimos como nos pidió. Cuando habíamos andado con ella unas seis millas por aquel monte, nos internamos en el «Monte-Rojo» y el monte era de un rojo profundo así como todos los árboles, la tierra y todos los seres que allí vivían. Tan pronto entramos en aquel «Monte Rojo» mi esposa y yo nos pusimos rojos como aquel monte, pero en el mismo instante en que entrábamos, salieron estas palabras de boca

de mi mujer: «Esto es sólo miedo del corazón pero no peligroso para el corazón».

«NOSOTROS Y LA GENTE ROJA EN EL PUEBLO ROJO»

Después de viajar unas doce millas por el «Monte-Rojo» con la Dama-roja, entramos en el pueblo rojo y vimos que tanto la gente como los animales domésticos eran de un rojo profundo. Entramos así en una casa que era la más grande en esa área, pero como antes de llegar habíamos tenido hambre, le pedimos a la dama alimentos y agua. Al poco rato nos los trajo, pero con gran sorpresa nuestra, tanto los alimentos como el agua eran rojos como pintura roja pero tenían el sabor de alimentos y agua corrientes, así que comimos y bebimos. Después de traernos la comida, la dama nos dejó allí y se fue, pero al sentarnos allí aquella gente roja llegó y se puso a mirarnos con asombro. Al cabo de unos minutos la dama regresó y nos dijo que la siguiéramos, y así lo hicimos. Entonces nos llevó por la aldea y nos lo enseñó todo y después de eso nos condujo ante el rey, que también era rojo como la sangre. El rey nos saludó amablemente y nos invitó a sentarnos ante él. Entonces nos preguntó de dónde veníamos. Contestamos que de casa de la Madre-Fiel que estaba a cargo del árbol blanco. Cuando oyó esto dijo que la Madre-Fiel era su hermana y entonces le contamos cómo nos había ayudado en nuestras dificultades, etc. Después de eso nos preguntó cuál era el nombre de nuestro pueblo. Le dijimos el nombre. Entonces nos preguntó si estábamos todavía vivos o muertos antes de llegar

allí. Le contestamos que estábamos todavía vivos y no muertos.

Después de eso le dijo a la Dama-roja que nos había conducido allí que nos albergara en uno de los cuartos del palacio, y el cuarto estaba muy lejos de los demás cuartos y nadie vivía por allí cerca. Así que entramos en el cuarto y nos pusimos a pensar: Qué se propondrá el Rey-rojo del Pueblo-rojo, era la pregunta que nos hacíamos, y no pudimos dormirnos hasta el amanecer a causa de esa interrogante.

Temprano por la mañana fuimos a ver al Rey-rojo y nos sentamos en su presencia y esperamos sus palabras. Pero alrededor de las 8, la Dama-roja que nos condujo ante el Rey-rojo vino y se sentó detrás de nosotros. Al poco rato, el Rey-rojo empezó a contarnos la historia del Pueblo-rojo, la gente-roja y el Monte-rojo, así: «Todos en esta aldea éramos antes seres humanos; eran los viejos tiempos, cuando los seres humanos tenían los ojos en la rodilla y nos inclinábamos desde lo alto a causa de la gravedad y caminábamos para atrás y no para adelante como ahora». También dijo: «Un día, cuando todavía vivía entre seres humanos, puse una trampa en un monte muy lejos de todos los ríos, no había ni una laguna cerca de allí, entonces eché una red de pescar en un río que estaba muy lejos de todos los montes, no había ni un tramo de terreno cerca de allí. Pero por la mañana fui primero al río donde había echado la red para pescar peces, pero con gran sorpresa mía la red había capturado un pájaro-rojo en vez de un pez y el pájaro-rojo todavía estaba vivo porque estaba en el río. Entonces saqué la red con el pájaro-rojo y la puse en la orilla del río. Después fui al monte donde había colocado la trampa para cazar ani-

males salvajes y también la trampa había capturado un pez rojo grande, y todavía estaba vivo. Después de eso, me llevé la red y la trampa con el pájaro-rojo y el pescado-rojo para mi pueblo. Pero cuando mis padres vieron el pescado rojo que había capturado la trampa en vez de un animal del monte y que la red había capturado un pájaro-rojo en vez de un pez y que ambos estaban vivos, nos dijeron que los lleváramos otra vez al lugar de donde los habíamos traído y los recogí y regresé para ponerlos en el lugar donde los había capturado.

Pero cuando iba para el lugar me detuve en mitad del camino a la sombra de un árbol e hicimos un fuego allí y puse aquellos dos seres en la candela. Mi propósito era reducirlos a cenizas y regresar de allí a mi pueblo. Pero lo que más me sorprendió fue que cuando iba a poner aquellos seres en el fuego, oí que hablaban como seres humanos diciendo que no debía meterlos en la candela, porque los seres rojos no deben jamás acercarse al fuego, y al oír esto que decían me aterroricé mucho. Por supuesto, no les hice caso. Iba a sacarlos de la red y la trampa para meterlos en el fuego, pero cuando estaba sacándolos de la red y la trampa todavía se jactaban de que no los podría meter jamás en aquel fuego. Sin embargo, al oírlos decir esto, me molesté mucho y los puse a la fuerza en aquel fuego. Cuando aquellos seres rojos estaban dentro del fuego decían que debía sacarlos inmediatamente, pero les dije que eso no lo haría de ninguna manera. Al poco rato, la mitad de ellos se quemó pero todavía hablaban. Entonces recogí más palos secos y los coloqué en el fuego pero al avivarse las llamas, me vi de pronto cubierto por el humo del fuego y apenas podía respirar. Antes

de que pudiera salir del humo, me volví rojo y al ver que me había vuelto rojo, corrí para mi pueblo y me refugié en casa, pero el humo me fue siguiendo mientras corría para casa y entró en la casa conmigo. Al ver mis padres que me había vuelto rojo, quisieron lavarme, quizá para limpiarme aquel color rojo, pero tan pronto el humo entró conmigo todos se volvieron rojos también. Entonces fuimos ante el rey que estaba en el trono para mostrarle lo que había ocurrido, pero el humo no le permitió decir ni una palabra. Antes se extendió por toda la aldea y todo el pueblo, los animales domésticos, la aldea, el río y el monte se volvieron rojos.

Pero entonces, al no poder ninguno de nosotros lavarse el color rojo, al séptimo día de volvernos rojos todos morimos con nuestros animales domésticos y abandonamos aquel pueblo y nos establecimos aquí, pero todavía seguíamos rojos como antes de morir y también nuestros animales domésticos, ríos, aldea y monte y todo lo que encontramos aquí se volvieron rojos y así desde esa época nos llaman Pueblo-rojo y a nuestra aldea, aldea-roja, etc. Pero unos días después de establecernos aquí, el pez-rojo y el pájaro-rojo llegaron y se instalaron en un hoyo grande muy cerca de este pueblo. Desde que estos dos seres llegaron aquí han salido todos los años del hoyo para que le ofrendemos sacrificios humanos y les hemos sacrificado a uno de nosotros cada año para salvar a los demás. Por lo tanto estamos muy contentos de que ustedes dos hayan venido a la aldea-roja precisamente ahora, porque sólo quedan tres días para que estos seres salgan para el sacrificio de este año y me sentiría muy feliz también

si uno de ustedes ofreciera voluntariamente su vida a estos seres.»

Después que el Rey-rojo nos contó la historia y en sus conclusiones dijo que uno de nosotros debía ofrecer voluntariamente su vida a aquellos seres, quisiéralo o no, le pregunté a mi esposa qué podíamos hacer. Porque no quería dejarla sola ni ella a mí, y nadie en el Pueblo-rojo quería ofrecer su vida voluntariamente a aquellos seres y además el rey quería oír lo que teníamos que contarle lo más pronto posible.

Pero mi esposa dijo estas palabras: «Esta sería una breve pérdida de mujer pero al hombre una separación más corta de su amada». Pero no comprendí el significado de sus palabras porque hablaba en parábolas o como una adivina. Al poco rato fui donde el Rey-rojo y le dije que ofrecería mi vida voluntariamente a los dos seres rojos. Cuando el Rey-rojo y el Pueblo-rojo oyeron esto, se pusieron muy contentos. La razón por la que ofrecí mi vida voluntariamente fue que al recordar que habíamos vendido nuestra «muerte», a otro, comprendí que aquellos dos seres no podrían matarme. No sabía que este Pueblo-rojo escenificaría su ceremonia tradicional para mí o cualquier otra persona que ofreciera su vida a los dos seres, con anterioridad al día en que los dos seres saldrían de su hoyo.

Ahora la gente-roja nos arrancó todo el pelo y nos pintó mitad de la cabeza con una especie de pintura roja y la otra con pintura blanca indígena. Después todos se reunieron y me colocaron al frente de ellos con sus tambores y cantantes. Me dijeron baila, mientras los músicos iban tocando los tambores alrededor del pueblo. Mi esposa también nos seguía pero no parecía darse cuenta de que pronto me perdería. Pero a las 5,

temprano por la mañana que era cuando los dos seres rojos debían salir, agarré el rifle, las municiones y el alfanje que Madre-Fiel me había regalado antes de partir y entonces cargué el rifle con las municiones más poderosas y me lo eché al hombro, afilé el alfanje y lo sujeté firmemente en la mano derecha. A las 7 de aquella mañana, el Rey-rojo y todo la gente-roja me llevaron hasta el hoyo y me dejaron allí a merced de los seres rojos y regresaron a la aldea. El lugar no estaba a más de media milla de la aldea.

Me abandonaron allí y corrieron de regreso a la aldea porque si los dos seres rojos ven a más de una persona de las ofrecidas en sacrificio, también la matan. Pero mi esposa no regresó con ellos a la aldea sino que se escondió cerca de donde yo estaba; pero no lo sabía. A la media hora de estar parado frente al hoyo, comencé a oír un ruido como si miles de personas estuvieran dentro del hoyo y todo aquel lugar se estremecía. Entonces cogí el rifle y lo sujeté firmemente y apunté hacia el hoyo. Pero al salir del hoyo, estos dos seres rojos no caminaban uno al lado del otro sino en fila india y cuando el que iba delante apareció y vino hacia mí, tenía forma de pez rojo. En realidad, al ver a este pez rojo, me aterroricé mucho y estuve a punto de desmayarme, pero me acordé que habíamos vendido nuestra «muerte» y no podíamos morir otra vez. Así que no me volví a preocupar pero le tenía mucho miedo porque no habíamos vendido nuestro «miedo». Al aparecer el pez rojo, su cabeza era como la de una tortuga pero tan grande como la de un elefante y con más de 30 cuernos y grandes ojos en torno a la cabeza. No podía caminar sino que se arrastraba por la tierra como una serpiente y el cuerpo era como el de un murciélago,

cubierto con largos pelos rojos como cuerdas. Sólo podía volar cortas distancias y si chillaba, una persona podía oírlo a cuatro millas de allí. Los ojos en torno a la cabeza se abrían y cerraban a la vez como si alguien estuviera encendiendo y apagando una luz.

Mientras este pez-rojo me veía parado frente a su hoyo, se reía y venía hacia mí como un ser humano, pero dije para mi interior esto es realmente un ser humano. Entonces me preparé pues venía riéndose, pero cuando aún le faltaban veinte pies para llegar a donde yo estaba parado, le disparé en medio de la cabeza y antes de que el humo del rifle se desvaneciera, cargué y disparé otra vez, así que murió allí mismo. Pero al ver mi esposa al pez-rojo saliendo del hoyo, corrió, de donde estaba escondida, de regreso a la aldea. Cuando el pez-rojo estaba saliendo del hoyo, yo sabía que lo mataría pero no me quedaba ya ningún hechizo. Todos habían perdido su fuerza por falta de uso.

Después cargué el rifle para disparar contra el segundo ser rojo (el pájaro-rojo) y a los 5 minutos apareció otra vez. Entonces estaba listo. Vi que era un pájaro-rojo, pero su cabeza podía pesar bien una tonelada o más y tenía seis dientes largos y gruesos de alrededor de medio pie que sobresalían junto con el pico. La cabeza estaba casi cubierta de insectos de todo tipo de manera que difícilmente podría describirla toda aquí. Así que tan pronto como este pájaro me vio, abrió la boca y ya venía a devorarme, pero entonces me preparé y al llegar casi a donde yo estaba parado, se detuvo y se tragó el pez-rojo que ya había matado la primera vez. Después vino directamente y disparé. Entonces cargué por segunda vez el rifle y lo maté.

Al ver que había matado a estos dos seres rojos, me acordé de lo que había dicho mi esposa al toparnos con la Dama-roja que nos condujo al Rey-rojo. Mi esposa había dicho: «Esto es sólo miedo del corazón, pero no peligroso para el corazón.»

Ahora fui donde el Rey-rojo de la Aldea-roja y le dije que había matado a los dos seres rojos, y tan pronto oyó esto se levantó de su silla y me siguió al lugar donde había matado a los dos seres rojos. Pero cuando el Rey-rojo vio a los dos seres rojos ya muertos, dijo: «He aquí otro ser dañino y espantoso que puede arruinar mi aldea en el futuro.» (Me llamó ser dañino y espantoso.) Al decir esto, me dejó allí y volvió a la aldea. Entonces reunió a todo el pueblo de su aldea y le contó lo que había visto. Como este Pueblo-rojo podía transformarse en lo que quisiera, antes de que yo pudiera llegar a la aldea todos se habían transformado en un gran fuego que consumió sus casas y propiedades. En el momento en que sus casas ardían, no podía entrar en la aldea a causa del espeso humo del fuego pero, al poco rato, las llamas y el humo desaparecieron y pensé que todos, juntos con mi esposa, habían quedado reducidos a cenizas. Pero cuando estaba parado en un lugar mirando la aldea vacía, vi cómo dos árboles surgían allí en medio de la aldea. Uno de los árboles era más corto que el otro y también más fino y estaba delante del más grande. El más grande que estaba detrás tenía muchas hojas y ramas. Cuando vi estos dos árboles surgir en medio de la aldea me dirigí hacia ellos, pero los dos se movían hacia el este de la aldea antes de que llegara allí y todas las hojas de estos árboles cantaban como seres humanos según se movían y a los cinco minutos no podía ya verlos y todo el tiempo ignoraba que

eran el Pueblo-rojo que se había transformado en aquellos dos árboles rojos. Como mi esposa había desaparecido junto con aquel Pueblo-rojo, empecé a buscarla, día y noche por allí, pero un día me enteré que estaba con el Pueblo-rojo que se había trasformado en dos árboles rojos antes de abandonar la Aldea-roja. Entonces me encaminé al sitio donde oí decir que se habían establecido, pero la nueva aldea donde acababan de establecerse distaba unas ochenta millas de la Aldea-roja que dejaron en ruinas. Después de viajar durante dos horas llegué allí, pero habían abandonado el lugar al enterarse de que me dirigía también hacía allí y no sabía que este Pueblo-rojo pensaba, mientras huía de mí, que los mataría a todos como había hecho con los dos seres rojos. Así que los árboles abandonaron otra vez aquel lugar y estaban buscando un sitio adecuado donde establecerse, pero nunca llegaron a semejante sitio antes de que yo los encontrara aunque pensaba encontrarlos en forma de seres humanos. Pero el pueblo era los dos árboles rojos.

Al toparme con ellos a mitad del camino, mi esposa me vio y me llamó, pero no la vi porque yo estaba siguiendo a estos dos árboles rojos al lugar donde pudieran establecerse por una semana. Entonces encontraron un lugar apropiado y se detuvieron pero ya yo estaba muy lejos. Y al toparme con ellos, vi que había por todas partes casas, seres humanos con sus animales domésticos, etc., exactamente como cuando estaban en la aldea que redujeron a cenizas antes de abandonarla. Pero al entrar en la nueva aldea, fui directamente donde el Rey-rojo de esta nueva aldea (el mismo rey) y le dije que quería a mi esposa pero al oír esto la mandó llamar y al verme, ella repitió las mismas palabras que había

dicho antes: «Esta sería una breve pérdida de mujer pero al hombre una separación más corta de su amada», y dijo que éste era el significado de las palabras. Entonces le creí. Pero al establecerse en una nueva aldea, el Pueblo-rojo ya no era rojo porque yo había matado los dos seres rojos que lo habían cambiado en aquella forma.

Mi esposa había dicho de la mujer con quien nos encontramos: «Esto no es un ser humano y no es un espíritu pero, ¿qué es?» Era el Árbol-más-pequeño que estaba delante del Árbol-rojo más grande y el Árbol-rojo más grande era el Rey-rojo del Pueblo-rojo de la Aldea-roja y el Monte-rojo y también las Hojas-rojas del Árbol-rojo más grande eran el Pueblo-rojo de la Aldea-roja en el Monte-rojo.

Ahora mi esposa y yo nos hicimos amigos de esta gente y estábamos viviendo con ella en aquella aldea nueva. Al cabo de unos días, la dama que nos había llevado a la antigua aldea (la Aldea-roja) nos dio una casa grande en la que vivíamos cómodamente. «Esto no es un ser humano y no es un espíritu pero, ¿qué es?» Era también la «Danza» (la dama que nos llevó a la Aldea-roja) y recordarán cuando mencioné a aquellos tres tipos, es decir: «TAMBOR, CANTO Y DANZA». Así que al ver esta dama (Danza) que les había prestado una ayuda muy grande y que estaban también en un sitio cómodo y ya no eran rojos, mandó a buscar a los otros dos tipos (Tambor y Canto) para festejar la ocasión. Pero ¿cómo podríamos disfrutarla con estos tres tipos? Porque nadie podía golpear un tambor como «Tambor», nadie podía cantar como «Canto» y nadie podía bailar como «Danza» en este mundo. ¿Quién los los retaría? Nadie. Pero al llegar el día escogido para

esta ocasión especial, aquellos tipos vinieron. Y cuando «Tambor» comenzó a golpearse, todos los que habían estado muertos durante cientos de años resucitaron y vinieron a ver a «Tambor» golpearse; y cuando «Canto» comenzó a cantar, todos los animales domésticos de aquella aldea nueva, los animales del monte, las serpientes, etc. salieron a oír a «Canto» en persona; y cuando «Danza» (la dama) comenzó a bailar, todos los seres del monte, los espíritus, los seres de las montañas y también todos los seres del río vinieron a la aldea a ver quién estaba bailando. Cuando estos tres tipos comenzaron al mismo tiempo, todo el pueblo de la nueva aldea, todos los que resucitaron de la tumba, los animales, serpientes, espíritus y otros seres sin nombre, bailaron juntos con estos tres tipos y fue aquel día cuando vi que las serpientes bailaban más que los seres humanos u otros seres. Cuando todo el pueblo de aquella aldea y los animales del monte comenzaron a bailar juntos, ninguno de ellos pudo parar durante dos días. Pero por fin «Tambor» se golpeó hasta que llegó al cielo antes de darse cuenta que estaba fuera del mundo y desde aquel día no ha podido regresar otra vez al mundo. Entonces «Canto» cantó hasta que entró inesperadamente en un río grande y no pudimos verlo más y «Danza» estuvo bailando hasta que se convirtió en una montaña y desde aquel día nadie la ha vuelto a ver, así que todos los muertos resucitados de la tumba regresaron a la tumba y desde aquel día no pudieron resucitar otra vez. Entonces los demás seres regresaron al monte, etc., pero desde aquel día no pudieron regresar a la aldea ni bailar con nadie ni con los seres humanos.

Así que cuando estos tres tipos (Tambor, Canto y Danza) desaparecieron, el pueblo de la aldea nueva retornó a sus casas. Desde aquel día nadie pudo ver a los tres tipos en persona, solamente oímos sus nombres por todas partes, pero nadie podría hacer en estos días lo que ellos hicieron. Después de pasarme un año con mi esposa en aquella aldea nueva, me convertí en un hombre rico. Entonces contraté a muchos trabajadores para que desbrozaran los matorrales y estos jornaleros limpiaron hasta tres millas cuadradas. Entonces sembré las semillas y los granos que me había dado en la «Isla del Espectro» cierto animal (como le llamaban), dueño de la tierra en la que hice mis siembras antes de que me diera las semillas y los granos que germinaron el mismo día que los sembré. Como las semillas y los granos crecieron y dieron frutos el mismo día, me hice más rico que los demás en aquella aldea.

«LA PRENDA INVISIBLE»

Una noche, alrededor de las diez, vi a cierto hombre que vino a mi casa. Me dijo que siempre estaba oyendo la palabra «POBRE», pero que no la conocía y quería conocerla. Dijo que quería tomar prestada cierta suma y que trabajaría para mí a cambio, como «prenda» o trabajador asalariado permanente.

Pero al decir esto le pregunté cuánto quería que le prestase. Dijo que quería que le prestase dos mil caracoles (CARACOLES), que era el equivalente de seis peniques (6 p.) en dinero inglés. Entonces le pregunté a mi esposa si debía prestarle esa suma pero mi esposa dijo que el hombre sería un «TRABAJADOR MAGNÍFICO

PERO UN MAGNÍFICO LADRÓN EN EL FUTURO.» Por supuesto, no entendí lo que quería decir mi esposa con eso, pero le di al hombre los seis peniques que me había pedido. Cuando quiso irse, le pregunté su nombre. Entonces me dijo que se llamaba «TOMA Y DA»; después le pregunté dónde vivía y contestó que dentro de un matorral que nadie podía descubrir. Al decir esto, le pregunté otra vez cómo podrían los otros trabajadores encontrarlo cuando fueran para la granja. Entonces contestó que si los demás trabajadores iban para la granja muy temprano por la mañana, debían gritar su nombre al llegar a la encrucijada de los caminos, al dirigirse a la granja. Entonces se fue. Pero cuando mis trabajadores iban para la granja temprano por la mañana, llegaron a la encrucijada y gritaron su nombre como él les dijo (en voz alta) y contestó con un canto. Después les preguntó qué tipo de trabajo iban a hacer ese día. Entonces le dijeron que sólo iban a arar la tierra. Después les dijo que fueran y araran su cuota de tierra pero que iría y araría la suya por la noche porque los niños no debían verlo y estaba prohibido que lo vieran los adultos. Entonces los demás trabajadores fueron a la finca y araron su parte. Temprano, a la mañana siguiente, los demás trabajadores fueron como de costumbre a la granja pero vieron toda la granja y los matorrales desbrozados a la redonda por aquella Prenda-Invisible en una extensión de una milla por cincuenta y había desbrozado también todas las granjas de mis vecinos. Así que cuando los otros trabajadores salían para la granja temprano por la manaña, como de costumbre, les dije que debían decirle a «Prenda-Invisible» que el trabajo del día era cortar leña en la granja para la casa. Al llegar allí, los demás trabajadores lo lla-

maron y le dijeron que el trabajo del día era cortar leña en la finca para la casa. Entonces les dijo que fueran y cortaran la suya; que el cortaría y llevaría su leña por la noche a la casa. Cuando los demás trabajadores lo llamaban en la encrucijada, no podían verlo. Pero para sorpresa mía, cuando todos nos despertamos temprano por la mañana, no podíamos salir de nuestros hogares porque este hombre (Prenda-Invisible) había traído al pueblo, junto con la leña y los maderos, las palmas y otros árboles y el pueblo estaba casi cubierto con aquella madera, de modo que nadie podía moverse en el pueblo y no sabíamos a qué hora los había traído. Entonces todos en el pueblo comenzaron a cortar la madera con hachas, pero demoró una semana limpiar el pueblo de la madera. Como quería verlo (a Prenda-Invisible o Toma y Da) y saber cómo estaba trabajando, le dije a los demás jornaleros que le dijeran a «Toma y Da» que el trabajo del día era pelar a mis hijos en casa, pero él les dijo a sus colegas que debían ir a pelar a los suyos y que iría a pelar a mis hijos por la noche, así que los demás trabajadores se marcharon. Al anochecer, le dije a los demás trabajadores que lo vigilaran para ver cómo pelaba a mis hijos, pero para sorpresa mía no eran aún las 8 de la noche y ya todos dormían en aquel pueblo y ni los animales domésticos estaban despiertos. Después de eso «Prenda-Invisible» llegó y peló a todos en aquel pueblo, adultos y mujeres y animales domésticos. Los sacó a todos de sus casas antes de afeitarles la cabeza. Entonces les pintó la cabeza y regresó al monte y nadie se despertó antes de que terminara aquel trabajo perverso. Temprano por la mañana, todos se encontraron fuera de sus casas y al tocarse la cabeza,

estaban afeitadas y pintadas con pintura blanca. Pero cuando todos en aquel pueblo nuevo se despertaron y vieron que también habían rapado la cabeza de sus animales domésticos, se alarmaron al pensar que habían caído otra vez en manos de un ser horrible. Pero los controlé y les expliqué cómo era la cosa. Ahora querían que yo abandonara el pueblo, pero pensé que debía hacer algo para complacer a esta gente y no me botaran del pueblo. Un día, cuando los trabajadores iban para la granja, les dije que le dijeran a «Prenda-Invisible» que el trabajo del día era matar los animales del monte y traerlos a mi casa. Cuando él oyó esto, les dijo lo de costumbre. Pero al amanecer, el pueblo estaba lleno de animales de los montes de manera que todos en el pueblo estaban contentos y no querían que me fuera de allí.

Después de eso, un día me senté y me puse a pensar cómo este hombre trabajaba así y no pedía comida, etc. Así que cuando el maíz estaba maduro, entonces les dije a los trabajadores que le dijeran que si iba a la granja debía coger algunos ñames, maíz, etc. Así se lo dijeron al llegar a la encrucijada.

No sabía que esta «Prenda-Invisible» o «Toma y Da» era el jefe de todos los seres del monte y el más poderoso en el mundo de los seres del monte y que todos los seres del monte estaban a sus órdenes y trabajaban por la noche para él. Así que después que terminó su trabajo nocturno en mi granja junto con sus seguidores, entonces todos recogieron los ñames y el maíz, etc. de mi granja y todos los ñames y el maíz de mis vecinos también. No sabía que tenía seguidores que trabajaban para él y en vez de llevarse él solo algunos ñames y maíz, todos ellos cargaron con el lote completo esa noche.

Entonces recordé que mi esposa había predicho que este hombre sería un «trabajador magnífico pero un ladrón magnífico en el futuro». Así que a la mañana siguiente de decirle los trabajadores que cogieran algunos ñames y maíz de la granja, todos fueron a sus fincas, pero desgraciadamente las encontraron sin las cosechas que habían sembrado, porque aquellos seres del monte habían limpiado todas las granjas hasta dejarlas lisas como un campo de fútbol.

Pero cuando los campesinos o mis vecinos vieron lo que «Toma y Da» había hecho se enojaron conmigo porque no podían sembrar ya otros cultivos durante el año y no tenían nada de comer para ellos y sus hijos. Se habían llevado también todas mis cosechas. Pero no podía decirles nada a mis vecinos. Cuando todos vieron lo que «Prenda-Invisible» o «Toma y Da» con sus seguidores habían hecho, entonces se unieron para reclutar un Ejército contra ellos, para que yo abandonara su pueblo y también para vengarse por las grandes pérdidas que «Toma y Da» les había infligido por culpa mía. Entonces la gente se reunió y formó un gran Ejército. Entonces le pregunté a mi esposa cómo terminaríamos en aquella aldea. Pero mi esposa dijo que habría pérdida de vida entre los nativos, pero que se salvarían los dos que no eran nativos. Ya por esos días estaba escondido con mi esposa en aquella aldea, porque los nativos nos estaban cazando por todas partes. Por supuesto, no querían disparar sus armas dentro de la aldea a causa de sus hijos y esposas y nosotros (mi esposa y yo) no abandonamos la aldea porque no podían disparar dentro de la aldea. Pero mientras pensaba cómo podríamos ponernos a salvo de aquella gente, mi esposa me recordó que llamara a «Prenda-

Invisible» (Toma y Da) para que nos ayudara. Quizás él pudiera hacerlo. Al aconsejarme esto, mandé a uno de los trabajadores a decirle a «Prenda-Invisible» que la gente de la aldea nueva reclutaría un Ejército contra ellos en los próximos dos días y por lo tanto le suplicaba que viniera a socorrernos temprano por la mañana de ese día.

«PRENDA-INVISIBLE EN EL FRENTE»

Pero como «Prenda-Invisible» no podía hacer nada durante el día, vino con sus seguidores o ayudantes a eso de las dos de la madrugada. Entonces entablaron batalla con aquella gente y los mataron a todos y nos dejaron solos allí a mi esposa y a mí. Como dijo mi esposa, los nativos perdieron la vida pero los que no eran nativos salvaron la suya. Después de eso «Prenda-Invisible» y sus seguidores regresaron al monte antes del amanecer. Pero al ver que nosotros (mi esposa y yo) no podíamos vivir solos en aquella aldea, entonces preparamos nuestros bultos y mi rifle y mi alfanje y abandonamos la aldea tan pronto como murieron todos los nativos de la aldea.

Así fue como transcurrió nuestra vida en la Aldea-roja con la Gente-roja y el Rey-rojo y como vimos el fin de ellos en su nueva aldea.

Así que emprendimos viaje para el Pueblo de los Muertos donde estaba mi sangrador de vino de palma, muerto en mi pueblo hacía mucho tiempo y caminábamos por entre montes como antes pero el monte por donde viajábamos por aquel entonces no era tan espeso ni tan espantoso tampoco. Pero mientras caminábamos, mi esposa me dijo que no deberíamos detenernos allí,

dos días y dos noches, antes de llegar al lugar donde conocimos a la Dama-roja que seguimos a la Aldea-roja, y que antes de llegar a ese lugar tendríamos que viajar unas cincuenta y cinco millas. Pero después de viajar dos días, día y noche, llegamos allí y paramos y descansamos allí dos días. Después emprendimos viaje hacia un pueblo desconocido y después de caminar noventa millas hasta aquel lugar, nos encontramos allí con un hombre que se sentó y tenía un saco lleno delante. Le preguntamos dónde estaba el Pueblo de los Muertos y nos dijo que lo sabía y que era el mismo pueblo adonde se dirigía en ese momento. Al decirnos esto le dijimos que lo seguiríamos hasta el pueblo, pero al oír lo que le decíamos nos suplicó que lo ayudáramos a cargar el saco que tenía delante. Por supuesto, ignorábamos lo que contenía el saco, pero estaba lleno y nos advirtió que no debíamos bajar la carga de la cabeza hasta que llegáramos al mencionado pueblo. Y nos impidió que le cogiéramos el peso para ver si su peso era mayor que el que podíamos cargar. Entonces mi esposa le preguntó cómo un hombre podía comprar un cochino dentro de un saco. Pero el hombre contestó que no era necesario cogerle el peso al saco y que una vez que nos lo pusiéramos sobre la cabeza, su peso sería mayor al que podríamos cargar o no, pero que de todas maneras teníamos que cargarlo hasta el pueblo. Así que estábamos parados frente a aquel hombre y su carga. Pero consideré que si me lo ponía sobre la cabeza y no podía cargarlo, entonces lo bajaría inmediatamente y si me lo impedía, allí tenía mi rifle y mi alfanje y lo mataría.

Entonces le dije al hombre que me lo colocara sobre la cabeza, pero dijo que dos manos no debían tocar la

carga. Al decir esto, le pregunté qué tipo de carga era. Contestó que era una carga cuyo contenido no debían conocer dos personas. Así que confié en mi rifle y en mi alfanje como en Dios. Entonces le dije a mi esposa que colocara la carga sobre mi cabeza y me ayudó. Al ponérmela sobre la cabeza era como el cadáver de un hombre, muy pesada, pero podía cargarla con facilidad. Así que el hombre estaba delante de nosotros y lo seguíamos.

Pero después de viajar unas 36 millas, entramos en un pueblo y no sabíamos que nos había mentido al decirnos que iba al Pueblo de los Muertos ni que la carga era el cadáver del príncipe de aquel pueblo. Aquel hombre lo había matado por equivocación en una granja y buscaba a alguien para que cargara con el papel de asesino.

NOSOTROS Y EL REY SABIO, EN EL PUEBLO QUE NO ERA, CON EL ASESINO DEL PRÍNCIPE

Como él (el asesino del Príncipe) sabía que si el rey se daba cuenta de quién había matado a su hijo, él (el rey) mataría al hombre, este hombre no quería demostrar que era el asesino del príncipe. Así que al llegar con él al pueblo (no al Pueblo de los Muertos), nos dijo que lo esperáramos en una esquina y fue donde el rey y le informó que alguien había matado a su hijo en el monte y que se los había traído. Entonces el rey mandó unos treinta de sus ayudantes con el hombre que mató al príncipe a que vinieran y nos escoltaran donde él con la carga. Al llegar al palacio,

desataron el saco y vieron que era el cadáver del hijo del rey (el príncipe) pero al ver que era su hijo, entonces el rey ordenó a sus ayudantes que nos encerraran en un cuarto oscuro.

Temprano por la mañana el rey mandó a los ayudantes a que nos lavaran y vistieran con los mejores trajes y nos montaran en un caballo y ellos (los ayudantes) tenían que pasearnos por el pueblo durante siete días, que quería decir que disfrutáramos de lo que nos quedaba de vida en el mundo durante esos siete días. Después de eso él (el rey) debía matarnos porque habíamos matado a su hijo.

Pero estos ayudantes y el hombre que sí mató al príncipe en el monte desconocían por completo el objetivo del rey. Temprano por la mañana, nos lavaron y nos vistieron con ropas costosas y también vistieron el caballo. Entonces montamos el caballo. Después de eso nos siguieron por el pueblo, golpeando tambores, bailando y cantando cantos fúnebres durante seis días, pero el séptimo día temprano por la mañana, fecha en que debíamos morir, cuando los ayudantes nos conducían por el pueblo por última vez, llegamos al centro del pueblo y allí vimos al hombre que sí había matado al príncipe y que nos dijo que cargáramos al príncipe hasta aquel pueblo. Nos empujó del lomo del caballo, se montó y le dijo a los ayudantes que él sí era el hombre que había matado al hijo del rey en el monte y al pensar que en venganza el rey lo mataría, le dijo que nosotros habíamos matado al príncipe. Este hombre pensaba ahora que el rey estaba contento porque alguien había matado a su hijo en la granja y que por eso había ordenado a sus ayudantes que nos vistieran y nos pasearan a caballo por el pueblo y ordenó

a los ayudantes otra vez que lo llevaran donde el rey y repitieran las mismas palabras en su presencia.

Así que lo llevaron ante el rey y repitió que él era el hombre que había matado a su hijo en el monte. Al oírlo el rey, ordenó a los ayudantes que lo vistieran como nos habían vestido; después el hombre montó el caballo y fue por el pueblo como lo habíamos hecho nosotros y mientras estaba sobre el lomo del caballo, saltaba y reía de alegría. A las 5 de la tarde, fue llevado al monte reservado para esa ocasión y lo mataron allí y ofrendaron su cadáver a los dioses de aquel monte reservado.

Después de pasarnos 15 días en aquel pueblo, entonces le dijimos al rey que queríamos continuar nuestro viaje al Pueblo de los Muertos y nos dio regalos y nos indicó el camino más corto al Pueblo de los Muertos. Como mi esposa había predicho, un saco lleno sería la causa de un baile que duraría siete días pero habría un «REY-SABIO» en el pueblo. Este fue el final del cuento del saco que cargué del monte al «pueblo que no era».

Entonces continuamos nuestro viaje como de costumbre para el Pueblo de los Muertos y después de caminar 10 días divisamos el Pueblo de los Muertos a unas 40 millas de distancia, y nada nos demoró ya. Pero mientras contemplábamos el pueblo desde una gran distancia, pensamos que podíamos llegar allí ese mismo día, pero no fue así. Viajamos 6 días más porque, cuando casi estábamos llegando allí, nos parecía todavía muy lejos o como si huyera de nosotros. En aquel tiempo no sabíamos que el que no había muerto no podía entrar en aquel pueblo, pero cuando mi esposa supo el secreto, entonces me dijo que debíamos detenernos y

descansar hasta por la noche. Por la noche me dijo que me levantara y siguiéramos otra vez nuestro viaje. Pero poco después de emprender viaje, descubrimos que no era necesario caminar más de una hora para llegar allí. Por supuesto no entramos hasta el amanecer, porque no conocíamos el pueblo.

YO Y MI SANGRADOR DE VINO DE PALMA EN EL PUEBLO DE LOS MUERTOS

A las 8 de la mañana, entramos en el pueblo y preguntamos por el sangrador de vino de palma que yo salí a buscar desde mi pueblo cuando él murió, pero los muertos preguntaron cómo se llamaba y le dije que se llamaba «BAITY» antes de morir, pero ahora no podía saber exactamente su nombre porque había muerto.

Al decirle su nombre y que había muerto en mi pueblo, no dijeron nada pero se quedaron mirándonos. A los cinco minutos de estarnos mirando así, uno de ellos nos preguntó de dónde veníamos. Contesté que veníamos de mi pueblo. Entonces preguntó dónde. Le dije que estaba muy lejos de este pueblo y preguntó otra vez si los habitantes de aquel pueblo estaban vivos o muertos. Contesté que ninguno de nosotros en aquel pueblo habíamos muerto nunca. Al oírme, nos dijo que regresáramos a mi pueblo donde sólo vivían vivos y que les estaba prohibido a los vivos venir al Pueblo de los Muertos.

Al decirnos aquel muerto que regresáramos, comencé a suplicarle que nos permitiera ver a mi sangrador de vino de palma. Estuvo conforme y nos señaló una casa no muy lejos de donde estábamos parados. Nos dijo

que fuéramos allí y preguntáramos por él, pero al darle la espalda a él (el muerto) para encaminarnos hacia la casa que nos había señalado, todos los que estaban parados en aquel lugar se enojaron al vernos caminando de frente o de cara, porque allí no caminaban de frente, pero esto lo ignorábamos.

Tan pronto como el muerto que nos hacía preguntas nos vio caminando, corrió hacia nosotros y dijo que nos había advertido que volviéramos a mi pueblo porque los vivos no podían venir a visitar a ningún muerto en el Pueblo de los Muertos. Así que nos dijo que camináramos hacia atrás o de espalda y así lo hicimos. Pero de pronto, mientras caminábamos de espalda como ellos lo hacían allí, tropecé y al evitar caer en un hoyo profundo cerca de allí, volví la cara por equivocación hacia la casa que nos había señalado. Pero al verme otra vez así, vino como antes hacia nosotros y dijo que no permitiría que fuésemos a la casa, porque la gente no caminaba de frente en aquel pueblo. Entonces le supliqué otra vez y le expliqué que habíamos venido a verlo (al sangrador de vino de palma) desde un pueblo muy lejano. Pero tropecé con una piedra afilada en aquel hoyo y parte de mi cuerpo se arañó y empezó a sangrar. Entonces nos paramos para limpiar la sangre, porque sangraba mucho. Al ver aquel muerto que nos deteníamos, se acercó más y nos preguntó qué nos detenía. Entonces señalé con el dedo la parte de mi cuerpo que sangraba, pero al ver la sangre se enojó mucho y nos arrastró a la fuerza fuera del pueblo. Cuando iba arrastrándonos del pueblo quisimos suplicarle, pero dijo que bastaba de excusas. Ignorábamos que a los muertos no les gusta ver la sangre y aquel día lo supe. Nos sacó a rastras del pueblo y nos dijo que nos quedarámos allí

y así lo hicimos. Entonces regresó a la casa de mi sangrador y le dijo que dos vivos lo estaban esperando. A los pocos minutos vino mi sangrador de vino de palma, pero tan pronto nos vio pensó que yo había muerto antes de llegar allí. Así que hizo la señal de los muertos, pero no pudimos contestarle porque nunca habíamos muerto y tan pronto llegó donde estábamos, se dio cuenta de que no podríamos vivir con ellos en el pueblo porque no habíamos podido contestar su señal. Entonces, antes de empezar a conversar nos construyó allí una casa. Después de eso pusimos nuestros bultos dentro de la casa, pero para gran sorpresa mía aquel sangrador mío también estaba caminando de espalda aunque no había caminado así antes de morir en mi pueblo. Después de construir la casa regresó al pueblo y nos trajo comida y diez pipotes de vino de palma. Como habíamos tenido mucha hambre antes de llegar allí, nos hartamos y al probar el vino de palma, no pude despegar la boca hasta beberme los diez pipotes. Después de eso empezamos a conversar así: Le dije que al morir, quería morirme con él y seguirlo hasta el Pueblo de los Muertos por el vino de palma que sangraba para mí, y porque nadie podía sangrarlo como él, pero no podía morirme. Así que un día llamé a dos de mis amigos y fuimos a la finca. Entonces empezamos a sangrar vino, pero no tenía el mismo sabor que el vino que sangraba él antes de morir. Pero al ver todos mis amigos que en mi casa ya no había vino que beber, entonces me fueron abandonando uno por uno hasta que todos se alejaron, y si veía a uno de ellos por la calle y lo llamaba, sólo decía que vendría a verme, pero no lo veía venir.

Aunque antes la casa de mi padre estaba llena de gente, después nadie iba allí a visitarnos. Así que un

día pensé qué podría hacer. Entonces pensé para mis adentros que debía buscarlo (al sangrador de vino de palma) dondequiera que estuviese y decirle sígueme al pueblo de mi padre y vuelve a sangrar vino de palma para mí como de costumbre. Así que emprendí viaje temprano por la mañana y en todos los pueblos o aldeas que visitaba preguntaba si lo habían visto o sabían dónde estaba, pero algunos decían que si no los ayudábamos no nos lo dirían. Entonces le presenté mi esposa al sangrador y le conté cómo fui a cierto pueblo y su padre, que era el jefe de aquel pueblo, me recibió como huésped suyo; cómo mi esposa fue conducida a un bosque lejano por un caballero que más tarde quedó reducido a una «Calavera» y cómo fui allí y se la traje a su padre y cómo después, al ver el trabajo maravilloso que había hecho para él, me la dio por esposa; cómo, después de pasarme alrededor de año y medio o más años con ellos allí, cogí a mi esposa y salimos a buscarlo. Y cómo, antes de llegar allí, tuvimos muchos tropiezos en el monte porque no había ningún camino hasta aquel Pueblo de los Muertos y viajábamos de monte en monte, día y noche, y muchas veces íbamos de rama en rama durante muchos días antes de tocar tierra, y que habían pasado diez años desde que abandoné mi pueblo. Ahora estaba muy contento de encontrarlo aquí y le estaría muy agradecido si me seguía de regreso a mi pueblo.

Poco después de contarle el cuento regresó al pueblo sin decir nada y al poco rato me trajo unos veinte pipotes de vino de palma. Entonces comencé a bebérmelos. Después empezó su historia: Dijo que después de morir en mi pueblo fue a cierto lugar, al que debe ir primero todo el que acaba de morir, porque una persona recién

fallecida no podía venir directamente aquí (al Pueblo de los Muertos). Dijo que al llegar allí se pasó dos años entrenándose y después de calificarse como muerto completo, entonces vino a este Pueblo de los Muertos donde vivía con los muertos y que no podía decir qué le ocurrió antes de morir en mi pueblo. Pero al decirme esto le dije que se había caído de una palma un domingo por la noche cuando sangraba vino de palma y lo habíamos enterrado al pie de la misma palma donde había caído.

Entonces dijo que si ese era el caso, había bebido demasiado aquel día.

Después dijo que regresó a mi casa la misma noche que cayó y murió en la finca y que nos miró a todos, pero que no lo vimos y que nos hablaba, pero que no le contestamos y entonces se fue. Nos dijo que muertos blancos y negros vivían en el Pueblo de los Muertos y que no había allí un sólo vivo. Porque todo lo que ellos hacían allí era incorrecto para los vivos y todo lo que los vivos hacían era incorrecto también para los muertos.

Nos preguntó si no veíamos que tanto las personas muertas como sus animales domésticos en aquel pueblo caminaban de espalda. Entonces le contesté «Sí». Entonces me dijo que no podía seguirme otra vez de regreso a mi pueblo, porque un hombre muerto no podía vivir con los vivos y sus características no serían las mismas y que me daría lo que yo quisiera en el Pueblo de los Muertos. Al decir esto, pensé en lo que nos había sucedido en el monte. Entonces sentí gran pena por mi esposa y por mí y no pude beber el vino de palma que me dio en aquel momento. Hasta yo mismo sabía ya que los muertos no podían vivir con los vivos, porque había observado sus actos y no correspondían en nada

con los nuestros. A las cinco de la tarde fue a su casa y nos trajo otra vez comida y regresó tres horas después. Pero cuando volvió temprano por la mañana, trajo otros 50 pipotes de vino de palma que fue lo primero que bebí aquella mañana. Pero al pensar que no nos seguiría a mi pueblo, y otra vez mi esposa me apremiaba mucho para salir de allí muy temprano, cuando vino, le dije debemos partir de aquí mañana por la mañana. Entonces me dio un «HUEVO». Me dijo que lo cuidara como si fuera oro y que si llegaba a mi pueblo debía guardarlo en mi nevera y me dijo que podía usar el huevo para obtener todo lo que deseara en este mundo y si quería usarlo, debía ponerlo en un plato grande de agua y entonces nombrar lo que deseaba. Después de darme el huevo salimos de allí al tercer día de nuestra llegada y nos indicó otro camino más corto que era un camino de verdad y no un monte como antes.

Ahora emprendimos viaje directo del Pueblo de los Muertos a mi pueblo natal, que había abandonado hacía muchos años. Cuando íbamos por aquel camino, nos encontramos con más de mil muertos que iban para el Pueblo de los Muertos y si nos veían avanzar hacia ellos por aquel camino, se desviaban hacia el monte y volvían al camino detrás de nosotros. Siempre que nos veían, solían hacer ruidos perversos que nos daban a entender que nos odiaban y que también estaban muy enojados al ver gente viva. Aquellos muertos no se hablaban ni decían palabras sencillas; sólo murmuraban. Siempre parecían estar de luto; sus ojos castaños solían brillar con furia y todos vestían ropas blancas sin una sola mancha.

NINGUNO DE LOS MUERTOS ERA DEMASIADO JOVEN PARA ATACARLO. BEBÉS MUERTOS EN MARCHA POR EL CAMINO DEL PUEBLO DE LOS MUERTOS

Nos topamos por el camino con unos 400 bebés muertos que cantaban el himno fúnebre y marchaban como soldados hacia el Pueblo de los Muertos, alrededor de las dos de la madrugada, pero aquellos bebés muertos no se desviaban hacia el monte como los adultos muertos cuando se topaban con nosotros. Todos llevaban palos. Pero al ver que aquellos bebés muertos no querían desviarse, nos apartamos para que pasaran pacíficamente pero, en vez de hacerlo, empezaron a golpearnos con los palos que llevaban en la mano. Entonces empezamos a huir de aquellos bebés por el monte, y no nos importaba correr cualquier riesgo de noche por aquel monte, porque los bebés eran para nosotros las criaturas más espantosas. Pero mientras íbamos corriendo por el monte, muy lejos del camino, nos persiguieron hasta que nos encontramos con un hombre enorme que llevaba un saco grande cargado al hombro, y al mismo tiempo que se topó con nosotros, nos atrapó (a mi esposa y a mí) con el saco, igual que un pescador atrapa peces dentro de su red. Pero al atraparnos con su saco, los bebés muertos regresaron al camino y se fueron. Al atraparnos aquel hombre con aquel saco, nos encontramos allí adentro muchos seres que aún no podría describir aquí. Así nos fue llevando lejos, monte adentro. Intentamos con toda nuestra fuerza salir del saco, pero no pudimos porque estaba tejido con cuerdas fuertes y gruesas; tenía 150 pies de diámetro y podían caber 45

personas. Se echó el saco al hombro al partir, y no sabíamos dónde nos llevaba esa noche. Tampoco sabíamos quién nos secuestraba, si era un ser humano o un espíritu o si nos iba a matar. Nunca lo supimos.

TEMEROSOS DE TOCAR A LOS SERES HORRIBLES DEL SACO

Teníamos miedo de tocar a los otros seres que encontramos dentro del saco porque todas las partes de sus cuerpos estaban frías como el hielo, peludas y ásperas como papel de lija. El aliento de sus narices y sus bocas era caliente como el vapor y ninguno hablaba dentro del saco. Pero a medida que aquel hombre se alejaba monte adentro, el saco, sobre su hombro, iba golpeando los árboles o la tierra, pero no le importaba ni se detenía y tampoco hablaba. Mientras se alejaba monte adentro, se encontró con un ser de su especie. Entonces se detuvo y empezaron a lanzar el saco de un lado para otro; lo cogían otra vez y seguían. Al poco rato dejaron eso. Entonces siguió su camino, pero antes de que amaneciera había viajado unas 30 millas.

FUE DIFÍCIL SALUDARNOS, DIFÍCIL DESCRIBIRNOS Y DIFICILÍSIMO MIRARNOS AL LLEGAR A NUESTRO DESTINO

Fue difícil saludarnos, más difícil describirnos y dificilísimo mirarnos al llegar a nuestro destino. A las 8 de la mañana, aquel ser enorme se detuvo al llegar a su destino y viró al revés el saco y todos nosotros caímos

a tierra de repente. Fue en aquel lugar donde vimos que había 9 seres horribles en el saco antes de que fuéramos atrapados por el hombre. Al caer nos vimos, pero los nueve seres horribles eran los seres más difíciles de mirar. Entonces vimos el ser enorme que nos había llevado por el monte aquella noche. Era como un gigante, enorme y altísimo; la cabeza parecía un caldero de unos diez pies de diámetro; tenía dos ojazos en la frente tan grandes como platos y giraban siempre que miraba a alguien. Podía ver un alfiler a unas tres millas de distancia. Los dos pies eran larguísimos y gruesos como los pilares de una casa, pero no había zapatos del tamaño de sus pies en este mundo. La descripción de los 9 seres horribles que estaban en el saco es como sigue: Estos 9 seres horribles eran bajitos o de 3 pies de alto, la piel era áspera como papel de lija y tenían tarritos cortos en la palma de las manos. Un vaho muy caliente salía de sus narices y sus bocas cuando respiraban y los cuerpos estaban fríos como el hielo y no comprendíamos su idioma porque sonaba como la campana de una iglesia. Sus manos eran gruesas, como de unas 5 pulgadas y cortas, con dedos, y los pies también eran como bloques. No tenían la forma de seres humanos o de otros seres del monte que habíamos encontrado antes y tenían las cabezas cubiertas con una especie de pelusa parecida a la esponja. Aunque caminaban con elegancia, los pies, por supuesto, solían sonar lo mismo en terreno blando o duro, como si alguien estuviese caminando sobre, o golpeando, un profundo hoyo tapado. Pero tan pronto caímos con ellos del saco y mi esposa y yo vimos aquello seres horribles, cerramos los ojos porque tenían un aspecto espantoso y horrible. Al poco rato, el ser enorme nos llevó a otro lugar, abrió

un hoyo en una elevada loma que estaba en aquel lugar y nos dijo a todos que entráramos en ella. Entonces nos siguió y cerró el hoyo. No sabíamos que no nos mataría, sino que nos había capturado solamente para esclavizarnos. Al entrar en el hoyo, encontramos allí otros seres más espantosos que no podría describir aquí. Así que temprano por la mañana, nos sacó del hoyo y nos enseñó la granja que debíamos desbrozar como lo hacían los otros seres más espantosos que habíamos encontrado en el hoyo. Cuando trabajaba con estos nueve seres en la granja, un día, uno de ellos me insultó en su idioma, que no entendía, y empezamos a reñir. Pero entonces, al ver los demás que quería matarlo, todos, uno por uno, empezaron a reñir conmigo. Maté al primero que se me enfrentó y entonces vino el segundo y también lo maté y así los maté a todos uno por uno hasta que vino el último, que era su campeón. Cuando empecé a pelear con él, lo primero que hizo fue raspar mi cuerpo con su cuerpo de papel de lija y también con los tarritos en la palma de sus manos de manera que todo mi cuerpo empezó a sangrar. Pero traté con toda mi fuerza de noquearlo y me fue imposible porque no podía agarralo firmemente con las manos, de manera que me tumbó de un golpe y me desmayé. Por supuesto no podía morir porque habíamos vendido nuestra muerte. No sabía que mi esposa se había escondido detrás de un árbol grande cerca de la granja y que estaba observando la pelea.

Como sólo quedaba el campeón de los nueve seres, al ver que me había desmayado se dirigió a una especie de mata y cortó 8 hojas. Pero en aquel momento mi esposa lo estaba observando. Entonces regresó donde estaban sus socios. Después de eso, exprimió las hojas

con las dos manos hasta que brotó el agua y entonces empezó a echar el agua en los ojos de sus socios, uno por uno, y todos se despertaron enseguida y todos fueron a ver al jefe (el ser enorme que nos había llevado a aquel lugar) para informarle de lo ocurrido en la granja. Pero tan pronto salieron de la granja, mi esposa fue a la mata y cortó una hoja e hizo lo mismo que el campeón, y al exprimir el agua de aquella hoja en mis ojos, inmediatamente me desperté. Como ella había podido coger nuestros bultos antes de abandonar el hoyo y seguirnos hasta la granja, huimos de aquella granja y antes de que los nueve seres horribles llegasen al hoyo de nuestro jefe, estábamos lejos de allí. Así fue como nos salvamos del ser enorme que nos atrapó en su saco.

Como nos habíamos escapado, anduvimos día y noche para que el ser enorme no lograse capturarnos otra vez. Después de caminar dos días y medio, llegamos al camino de los Muertos, del que nos habían arrojado los bebés, y al llegar allí, no podíamos viajar por aquel camino por miedo a los espantosos bebés muertos, etc., que todavía lo recorrían.

«VIAJAR POR EL MONTE ERA MUY PELIGROSO Y VIAJAR POR EL CAMINO DE LOS MUERTOS ERA PELIGROSÍSIMO»

Entonces empezamos a viajar por el monte, pero sin alejarnos del camino para no perdernos otra vez en el monte.

Después de caminar dos semanas empecé a ver las hojas que servían para preparar mi hechizo. Entonces

paramos y preparamos cuatro tipos de hechizo que podrían salvarnos siempre y dondequiera que nos encontráramos con cualquier ser peligroso.

Como tenía preparado mi hechizo, no temíamos a nada que pudiera pasarnos en el monte y viajamos de día y de noche a nuestro antojo. Así que una noche nos topamos con un «ser-hambriento» que estaba siempre gritando «hambre» y que tan pronto nos vio vino hacia nosotros. Cuando se hallaba a unos cinco pies de nosotros nos detuvimos y lo miramos, porque ya yo tenía un poco del hechizo a mano y recordé que habíamos vendido nuestra muerte antes de entrar en el árbol blanco de Madre-Fiel y por lo tanto no me preocupaba acercarme a él. Pero al acercársenos, nos preguntaba repetidamente si teníamos algo de comer y en aquel momento sólo teníamos plátanos que no estaban maduros. Le dimos los plátanos, pero se los tragó todos enseguida y empezó otra vez a pedir algo de comer y no dejó de gritar «hambre-hambre-hambre» ni una sola vez. Pero cuando no podíamos ya soportar sus gritos, entonces desatamos nuestros bultos. Quizás podríamos encontrar allí otra cosa comestible para él, pero sólo encontramos un frijol y antes de dárselo nos lo arrebató y se lo tragó sin titubear y empezó a gritar «hambre-hambre-hambre» como siempre. No sabíamos que este «ser-hambriento» no podía sentirse lleno ni con toda la comida del mundo y que podía comerse todos los alimentos del mundo y aún seguiría hambriento como si no hubiese probado bocado en un año. Pero cuando registrábamos dentro de los bultos, ya que quizás pudiéramos encontrar algo para él, a mi esposa se le cayó el huevo que me había dado mi sangrador en el Pueblo de los Muertos. El ser-hambriento lo vio y quiso cogerlo y tragárselo, pero mi esposa fue muy lista y lo recogió antes que él.

Al ver que no podía recogerlo antes que mi esposa, entonces empezó a pelear con ella y dijo que quería tragársela a ella. Mientras aquel ser-hambriento peleaba con mi esposa, no paraba de gritar «hambre» ni una sola vez. Pero al pensar que podía hacernos daño, entonces eché mano de uno de mis hechizos y transformó a mi esposa y los bultos en una muñeca de madera y me la metí en el bolsillo. Pero cuando el ser-hambriento no vio más a mi esposa, me dijo que sacara la muñeca de madera para identificarla. Así que la saqué del bolsillo mientras me preguntaba, como dudando, si esto no era mi esposa y los bultos. Entonces le contesté que no era mi esposa, etc., sino que sólo se parecía a ella. Así que me devolvió la muñeca y me la metí en el bolsillo como antes y seguí mi camino. Pero él me iba siguiendo, gritando «hambre». Por supuesto no le hice caso. Cuando había caminado conmigo una distancia de una milla, me pidió que sacara la muñeca de madera para identificarla otra vez y yo la saqué. Entonces la examinó durante más de diez minutos y me preguntó otra vez si no era mi esposa. Le contesté que no era mi esposa, etc., que sólo se le parecía. Entonces me la devolvió y me fui como de costumbre, pero me siguió, gritando «hambre». Después de caminar conmigo unas dos millas, me la pidió por tercera vez y se la di, pero la estuvo examinando más de una hora y dijo que era mi esposa y se la tragó de repente. Como se había tragado la muñeca, esto quería decir que se había tragado a mi esposa, el rifle, el alfanje, el huevo y el bulto, y sólo me quedaba el hechizo.

Así que tan pronto se tragó la muñeca de madera, se fue alejando de mí, gritando «hambre» como antes. Ahora que había perdido a mi esposa, ¿cómo la iba a sacar del estómago del ser-hambriento? Por cuidar el

huevo, mi esposa se encontraba ahora en el estómago del ser-hambriento. Mientras estaba parado en aquel lugar y lo veía alejarse, tan lejos ya que apenas podía verlo, recordé que mi esposa, que me había seguido por el monte hasta el Pueblo de los Muertos, había soportado todos los sufrimientos y que no debía abandonarla así ni permitir que se la llevase el ser-hambriento. Así que lo seguí y al encontrarme con él, le dije vomita la muñeca de madera que te tragaste, pero se negó a hacerlo.

LA ESPOSA Y EL MARIDO EN EL ESTÓMAGO DEL SER-HAMBRIENTO

Le dije que, antes que abandonar a mi esposa, prefería morir con él, así que empecé a luchar con él, pero como no era un ser humano también me tragó y todavía gritaba «hambre» mientras se alejaba. Como estaba en su estómago, invoqué mi hechizo, que inmediatamente transformó la muñeca de madera en mi esposa, rifle, huevo, alfanje y bultos. Entonces cargué el rifle y disparé contra su estómago, pero caminó unas yardas antes de caer al suelo y volví a cargar el rifle y a disparar. Después empecé a cortar el estómago con el alfanje. Entonces salimos del estómago con los bultos, etc. Así fue como nos libramos del ser-hambriento, pero no podía describirlo aquí porque era alrededor de las 4 a.m. y a esa hora aún estaba muy oscuro. Así que nos alejamos a salvo y dimos gracias a Dios.

Emprendimos camino otra vez hacia mi pueblo natal después de abandonar al ser-hambriento, pero como nos había llevado muy lejos monte adentro, no podíamos

encontrar otra vez el camino de los muertos, de manera que andábamos por el medio del monte. Pero después de caminor 9 días, entramos en un pueblo donde nos encontramos con gente mixta, y antes de llegar al «pueblo mixto» mi esposa enfermó gravemente. Entonces nos dirigimos a un hombre que parecía un ser humano y nos recibió en su casa como a forasteros y entonces empecé a curar a mi esposa allí. En aquel «pueblo mixto» había un juzgado indígena y siempre iba allí a oír los juicios. Pero, para gran sorpresa mía, un día me dijeron que juzgara el caso de un hombre que le había prestado a un amigo una libra esterlina (£).

La historia era la siguiente: Eran dos amigos; uno de ellos solía pedir prestado dinero; lo único que hacía era pedir dinero y vivía de lo que le prestaban. Un día le pidió prestada a su amigo una libra esterlina. Al año, el amigo que se la había prestado le pidió que se la devolviera, pero el prestatario dijo que no pagaría la libra esterlina y que nunca había pagado sus deudas desde que pedía prestado o desde que había nacido. Cuando el amigo que le había prestado el dinero oyó esto se quedó callado, pero regresó a su casa muy tranquilo. Un día el prestamista oyó decir que había un cobrador de deudas que era lo suficientemente osado como para cobrarle una deuda a quien fuera. Entonces él (el prestamista) fue donde el cobrador de deudas y le dijo que alguien le debía una libra esterlina desde hacía un año pero que se negaba a pagar. Al oír esto el cobrador de deudas, los dos fueron a la casa del deudor. Después de señalarle al cobrador donde vivía el deudor, regresó a su hogar.

Cuando el cobrador de deudas pidió la devolución de la libra esterlina que él (el deudor) había tomado

prestada de su amigo hacía un año, el deudor contestó que nunca había pagado sus deudas desde que nació. Entonces el cobrador de deudas dijo que *él* nunca había dejado de cobrar las deudas a los deudores desde que *él* había empezado a trabajar. Además, el cobrador dijo que cobrar deudas era su profesión y que vivía de eso. Pero al oír el deudor lo que le decía el cobrador, también insistió en que su profesión era deber dinero y que vivía de eso. En conclusión, los dos empezaron a reñir pero, cuando la riña era más violenta, un hombre que pasaba por allí en ese momento los vio y se acercó. Se paró detrás de ellos a mirarlos porque estaba muy interesado en esa riña y no los apartó. Pero a la hora de estar los dos enfrascados en esa violenta riña, el deudor que debía la libra esterlina sacó una navaja del bolsillo y se la clavó en la barriga. Por lo que cayó al suelo y murió. Pero el cobrador de deudas, al ver al deudor muerto, pensó que nunca había dejado de cobrar una sola deuda a un deudor en este mundo desde que había empezado a trabajar y dijo que si no podía cobrarle la libra esterlina a él (al deudor) en este mundo, entonces él (el cobrador) la cobraría en el cielo. Así que él (el cobrador) también sacó una navaja del bolsillo y se la clavó igualmente y cayó y murió allí.

Como el hombre que se hallaba cerca, mirándolos, estaba muy, muy interesado en aquella riña, dijo que quería ver el final de la riña y dio un brinco y cayó en el mismo lugar y también murió allí para ver el final de la riña en el cielo. Así que cuando se hizo la mencionada declaración ante el tribunal, me pidieron que señalara al culpable; si era el cobrador de deudas, el deudor, el hombre que había estado presenciando la riña o el prestamista.

De primer momento, estuve a punto de decirle al tribunal que el hombre que presenció la riña era culpable porque debió indagar sobre el asunto y separarlos, pero entonces al recordar que tanto el deudor como el cobrador vivían de esos oficios, no pude culpar al hombre que había estado mirándolos ni podía culpar tampoco al cobrador porque estaba haciendo su trabajo y tampoco al deudor porque había luchado por el sustento de su vida. Pero todos en el juzgado insistían en que señalara cuál de ellos era culpable. Por supuesto, después de pensarlo dos horas, pospuse el fallo por un año y el tribunal levantó la sesión.

Después de posponerse el fallo por un año, regresé a casa y comencé a curar a mi esposa como antes, pero a los cuatro meses de la suspensión del fallo fui llamado otra vez a juzgar otro caso, que era como sigue:

Había un hombre que tenía tres esposas; estas tres esposas lo amaban tanto que lo seguían dondequiera que fuera y el esposo también las amaba. Un día, este hombre (el esposo) iba a otro pueblo muy lejos y las tres esposas lo siguieron. Pero cuando iban viajando, de monte en monte, este hombre (el esposo) tropezó, cayó de repente y murió. Como las tres esposas lo amaban, la primera de las esposas dijo que tenía que morir con su esposo y así murió. Ahora quedaba la que seguía a la primera y la última o la tercera de las esposas. Entonces la que seguía a la primera, que había muerto, dijo que conocía a un «Hechicero» que vivía en esa zona, cuyo trabajo era resucitar a los muertos. Dijo que iría y lo llamaría para resucitar al esposo y a la primera esposa. Entonces la tercera esposa dijo que vigilaría los dos cadáveres para evitar que los animales salvajes los devoraran antes de que llegase el

Hechicero. Así que esperó, vigilando los cadáveres, a que llegara la segunda esposa con el Hechicero. Y antes de que transcurriera una hora, regresó la segunda esposa con el Hechicero y éste resucitó al esposo y a la primera esposa que había muerto junto con el esposo. Al resucitar, el esposo le dio las gracias al Hechicero y le preguntó cuánto le debía por el maravilloso trabajo realizado, pero el Hechicero dijo que no quería dinero pero que estaría muy agradecido si él (el esposo) pudiera darle (al Hechicero) una de sus tres esposas. Al oír esto, el esposo escogió la primera esposa para dársela al Hechicero, pero ella (la primera esposa), se negó rotundamente; después de eso, le ofreció la segunda esposa (que había ido a llamar al Hechicero que resucitó al esposo y a la primera esposa) al Hechicero, pero ella se negó también; entonces escogió a la tercera esposa que estuvo vigilando los cadáveres de su esposo y de la primera esposa y ella también se negó. Pero al ver que ninguna de las esposas quería irse con el Hechicero, el esposo le dijo al Hechicero que se las llevara a todas. Así que al oír lo que había dicho el esposo, las tres esposas se entraron a golpes. Desgraciadamente, un policía pasaba en ese momento por allí y las arrestó y las llevó al juzgado. Así que todos en el juzgado querían que escogiera entre las esposas la que le era imprescindible al Hechicero. Pero no podía escoger todavía ninguna de esas esposas, porque cada una había mostrado su parte de amor hacia el esposo, porque la primera esposa murió junto con el esposo, la segunda esposa fue y llamó al Hechicero que resucitó al esposo y a la primera esposa, y la tercera protegió los cadáveres contra los animales salvajes, hasta que la segunda trajo al Hechicero. Así que también pospuse el fallo por un año. Pero antes

de que expirara la fecha de los dos casos, mi esposa se restableció y abandonamos aquel pueblo (pueblo mixto) y antes de llegar a mi pueblo natal, los habitantes del «pueblo mixto» enviaron más de cuatro cartas, que recibí en casa, para que fuera a juzgar los dos casos ya que ambos estaban pendientes o esperándome.

Así que estaré muy agradecido si alguien que lea este cuento puede dictaminar sobre uno o ambos casos y enviarme su fallo lo más pronto posible, porque todos en el «pueblo mixto» quieren urgentemente que vaya y juzgue los dos casos.

Después de abandonar el «pueblo mixto» viajamos más de 15 días antes de ver una montaña. Entonces la subimos y nos encontramos con lo que puedo describir como más de un millón de seres de la montaña.

NOSOTROS Y LOS SERES-DE-LA-MONTAÑA EN LA MONTAÑA-DESCONOCIDA

Al llegar a la cima de la montaña nos encontramos con innumerables seres-de-la-montaña que tenían la apariencia de seres humanos pero que no lo eran. La cima de aquella «Montaña-desconocida» era lisa como un campo de fútbol y estaba toda iluminada con luces de varios colores y decorada como un salón y aquellos seres-de-la-montaña estaban bailando en círculos. Pero al llegar a donde estaban, dejaron de bailar y nos quedamos de pie entre ellos mientras mirábamos el monte lejos de aquel lugar. Como a estos «seres-de-la-montaña» les encantaba bailar constantemente invitaron a mi esposa a bailar y así lo hizo.

NO ERA PELIGROSO MIRAR A LOS SERES-DE-LA-MONTAÑA PERO BAILAR CON ELLOS ERA PELIGROSÍSIMO

Como mi esposa se puso a bailar con ellos, estaban muy contentos. Pero cuando mi esposa se sintió cansada, aquellos seres no se sentían cansados y al verla así, todos se enojaron mucho y la arrastraron para que siguiera bailando con ellos, y cuando ella empezó otra vez, se cansó antes que ellos y se detuvo. Entonces fueron donde estaba y le dijeron que tenía que bailar hasta que la soltaran. Pero cuando estaba bailando otra vez y al verla yo tan cansada y ver que aquellos seres no paraban nunca, fui y le dije «vámonos» pero cuando me siguió, aquellos seres se enojaron conmigo. Querían arrebatármela a la fuerza para que volviera al baile. Así que invoqué otra vez allí a mi hechizo y transformó a mi esposa otra vez en una muñeca de madera y me la metí en mi bolsillo y no la vieron más.

Pero al desaparecer ante sus ojos me dijeron que la buscara inmediatamente y entonces estaban muy enojados. Así que empecé a huir para salvarme porque no podía de ninguna manera enfrentarme con ellos en una lucha. Al salir huyendo, no pude correr más de 300 yardas antes de que todos me agarraran y me cercaran allí. Antes de que pudieran hacerme algo, me transformé en una piedra lisa y me lancé a mí mismo por el camino en dirección a mi pueblo natal.

Pero aquellos «seres-de-la-montaña» todavía me seguían, haciendo todo lo posible por agarrarme ya que no era una piedra, aunque no pudieron cogerla hasta que yo (piedra) llegué al río que atravesaba el camino

de mi pueblo y que también estaba cerca de mi pueblo. Pero antes de llegar al río, me sentí agotado y casi rajado en dos a causa de los golpes que me daba contra piedras más duras, a medida que me lanzaba. Y tan pronto como llegué al río por poco me cogen allí. Pero sin más rodeos me lancé al otro lado del río y antes de tocar tierra me transformé en hombre y también mi esposa, mi rifle, mi alfanje y los bultos fueron como antes y no bien habíamos tocado tierra, nos despedimos de los «seres-de-la-montaña» que nos miraban según nos íbamos alejando, porque de ninguna manera debían cruzar el río. Así fue como dejamos a los «seres-de-la-montaña». Y ahora desde aquel río hasta mi pueblo natal podía llegar en unos minutos. Entonces entramos en tierras de mi padre y no encontramos más peligros ni seres malignos.

A las 7 de la mañana llegamos a mi pueblo. Entonces entramos a la sala, pero tan pronto los habitantes de mi pueblo vieron que había regresado, corrieron a mi casa a saludarnos. Así que los dos llegamos a salvo a mi pueblo y también encontramos sin dificultad a nuestros padres y a todos los viejos amigos que antes de partir venían a beber vino de palma conmigo.

Después de eso mandé a buscar 200 pipotes de vino de palma y me los bebí con mis viejos amigos como solía hacerlo antes de partir. Tan pronto como llegué a casa, entré en mi cuarto y abrí la nevera. Entonces escondí el huevo que mi sangrador de vino de palma me había dado en el Pueblo de los Muertos. Así que todas nuestras desgracias, dificultades y los muchos años de viaje sólo nos habían traído un huevo o habían dado como resultado un huevo.

Pero al tercer día de estar en casa, mi esposa y yo fuimos a ver a su padre en el pueblo y lo encontramos

con muy buena salud. Después de pasarnos tres días allí, regresamos. Así fue como se desarrolló la historia del bebedor de vino de palma y su sangrador de vino de palma que había muerto.

Antes de llegar a mi pueblo, hubo una hambruna (HAMBRUNA) que mató a millones de ancianos y a un sinfín de adultos y niños y hasta muchos padres mataban a sus hijos para no morir de hambre, después de comerse los animales domésticos, los lagartos, etc. Todas las matas y los árboles y los ríos se secaron por falta de lluvia y la gente se quedó sin nada que comer.

LAS CAUSAS DE LA HAMBRUNA

En los viejos tiempos, la Tierra y el Cielo eran íntimos amigos porque en una época fueron seres humanos. Así que un día, Cielo bajó del cielo a ver a Tierra, su amiga, y le dijo vamos al monte a cazar animales. Tierra aceptó lo que le dijo Cielo. Después fueron al monte con sus arcos y flechas, pero después de llegar allí y de estar cazando animales desde la mañana hasta las 12 a.m., no mataron nada en el monte. Entonces abandonaron aquel monte y fueron a un campo grande y estuvieron cazando allí hasta las 5 p.m. y tampoco mataron nada allí. Después de eso, abandonaron otra vez el lugar para ir a un bosque y eran las 7 p.m. cuando pudieron encontrar un ratón y empezaron a cazar otro para poder compartir los dos entre ellos, porque el que ya habían matado era demasiado pequeño para ser compartido, pero no mataron ninguno más. Después de eso regresaron a cierto lugar con el que habían matado y los dos se pusieron a pensar en cómo compartirlo. Pero

como aquel ratón era demasiado pequeño para dividirlo en dos y estos dos amigos eran muy voraces, Tierra dijo que se lo llevaría y Cielo dijo que se lo llevaría.

¿QUIÉN SE LLEVARÁ EL RATÓN?

Pero ¿quién se llevaría el ratón? Tierra se negó rotundamente a que Cielo se lo llevara y Cielo se negó rotundamente a que Tierra se lo llevara y Tierra dijo que era mayor que Cielo y Cielo dijo lo mismo, pero después de discutir durante muchas horas los dos estaban enojados y se fueron y dejaron allí el ratón. Cielo regresó al cielo, su hogar, y Tierra regresó a su casa en la tierra.

Pero al llegar al cielo, Cielo suspendió la lluvia y hasta impidió la caída del rocío y todo se secó en la tierra y no quedó nada para alimentar a los habitantes del mundo, de manera que tanto los seres vivos como los que no estaban vivos empezaron a desaparecer.

UN HUEVO ALIMENTÓ A TODO EL MUNDO

Como había una gran hambruna antes de llegar a mi pueblo, fui a mi cuarto y puse el huevo dentro de un plato que había llenado de agua. Entonces le pedí al huevo que produjera alimentos y bebidas para mi esposa, mis padres y para mí y en un segundo vi que toda la habitación se había llenado de muchas variedades de alimentos y bebidas. Así que comimos y bebimos hasta quedar satisfechos. Después de eso mandé a buscar a todos mis amigos y les di el resto de los alimentos y las

bebidas. Después todos empezamos a bailar y entonces cuando pidieron más, le pedí otra vez al huevo que produjera muchos pipotes y me los bebí. Después mis amigos me preguntaron cómo me las arreglaba para conseguir todas esas cosas. Dijeron que durante 6 años no habían probado agua ni vino de palma. Entonces les dije que había traído el vino de palma, etc., del Pueblo de los Muertos.

Y fue tarde en la noche que regresaron a sus hogares. Pero, para gran sorpresa mía, antes de levantarme temprano por la mañana llegaron y me despertaron y eran un 60 por ciento más que antes, así que cuando los vi, entré en el cuarto donde había escondido el huevo y abrí la nevera. Lo puse en un plato lleno de agua y le pedí lo de costumbre y produjo comida y bebida para todos ellos (mis amigos), etc., y los dejé en la sala porque no se fueron a tiempo. Ahora se estaba corriendo de pueblo en pueblo la noticia sobre el huevo maravilloso. Una mañana al levantarme me fue difícil abrir la puerta de la casa debido a la multitud de personas que había venido de varios pueblos y aldeas y esperaba allí para comer. Eran demasiadas personas para poder contarlas y antes de las 9 no cabían los extraños en mi pueblo. Así que a las diez y después que toda aquella gente se hubo sentado en silencio, entonces le pedí al huevo lo de costumbre y en seguida produjo comida y bebidas para cada una de aquellas personas, de manera que cada una de ellas, que no había comido en un año, comió y bebió hasta sentirse cada cual satisfecho. Entonces se llevaron el resto de la comida, etc., para sus pueblos o casas. Pero entonces, después de que todos se hubieron ido temporalmente, le pedí al huevo que produjera mucho dinero y lo hizo así en

seguida y lo escondí en un lugar de mi cuarto. Como cada una de aquellas personas sabía que cada vez que vinieran a mi casa comerían y beberían todo lo que a él o a ella se le antojase, no serían las dos de la madrugada y ya la gente estaba llegando a mi casa desde varios pueblos y aldeas con sus hijos y ancianos. Todos los reyes y sus criados llegaron también. Cuando no pude dormir por sus ruidos me levanté y quise abrir la puerta, pero se lanzaron con violencia dentro de la casa y destrozaron el piso. Así que al intentar empujarlos y no lograrlo, les dije que nadie sería servido a menos que saliera fuera de la casa. Y al oír esto salieron otra vez y esperaron frente a mi casa. Entonces yo mismo salí y le pedí al huevo que los abasteciera de comida y bebidas. Ahora aumentaba rápidamente el número de personas provenientes de varios pueblos y lugares desconocidos, pero lo peor era que si venían no regresarían otra vez a sus pueblos, así que no pude dormir ni descansar una sola vez, sólo pedirle al huevo cosas durante todo el día. Pero al ver que guardar el huevo en el cuarto me producía muchas molestias, entonces lo coloqué con el plato afuera, en medio de la gente.

UNA VIDA ARRIESGADA EN EL HOGAR

Como me había convertido en el hombre más grande de mi pueblo y no hacía otra cosa que pedirle al huevo que produjera comida y bebidas, un día, al pedirle al huevo que abasteciera a aquella gente de la mejor comida y bebida del mundo, lo hizo en seguida. Pero cuando aquella gente había comido y bebido hasta quedar satisfecha, todos comenzaron a jugar y a luchar

unos con otros hasta que por error destrozaron el huevo. Destrozaron el plato con el huevo y el huevo mismo se rompió en dos. Entonces lo cogí y lo pegué con goma. Pero aquella gente todavía siguió allí aunque ya sin jugar, etc., y sintiendo pena por el huevo roto. Por supuesto, cuando sintieron hambre otra vez, pidieron de comer, etc., como de costumbre. Así que saqué el huevo y le pedí lo de costumbre, pero ya no podía producir nada y tres veces repetí el pedido en presencia de la gente, pero no produjo nada. Entonces después de esperar cuatro días allí sin comer ni beber, empezaron a regresar uno por uno a sus pueblos, etc., y se fueron insultándome.

PÁGAME LO QUE ME DEBES Y VOMITA LO QUE TE COMISTE

Después que regresaron al lugar de donde procedían, nadie vino como antes a mi casa y todos mis amigos dejaron de venir también. Cuando los veía por la calle y los saludaba ni me contestaban el saludo. Pero no me importaba eso porque tenía mucho dinero en mi cuarto. Pero como no había botado el huevo cuando se rompió, un día fui a mi cuarto y lo pegué bien otra vez. Entonces pedí, pensando que quizá produjese comida como de costumbre. Pero para sorpresa mía sólo produjo millones de látigos de cuero. Pero tan pronto como vi lo que podía producir, le pedí otra vez que se llevara los látigos y así lo hizo en seguida. Al cabo de unos días fui donde el rey y le dije que mandara a sus campaneros a tocar la campana en todos los pueblos y aldeas y le dijera a todo el mundo que podían venir a mi casa a

comer, etc., como de costumbre porque mi sangrador de vino de palma que me había dado el primer huevo maravilloso, me había enviado otro huevo desde el Pueblo de los Muertos, y éste era aún más poderoso que el primero que se rompió.

Al oír esto, todos vinieron y al ver que no faltaba nadie, entonces puse el huevo en medio de ellos. Después le dije a uno de mis amigos que le pidiera al huevo que produjera cualquier cosa que pudiera para ellos. Entonces entré en casa y cerré puertas y ventanas. Al pedirle que produjera cualquier cosa que pudiera, el huevo sólo produjo millones de látigos que empezaron en seguida a azotarlos. Así que los que trajeron a sus hijos y ancianos olvidaron llevárselos antes de huir. Todos los criados de los reyes y los mismos reyes fueron severamente azotados por esos látigos. Muchos corrieron hacia el monte y perecieron allí, sobre todo los ancianos y los niños, y muchos de mis amigos también murieron. Y les fue difícil a los demás encontrar el camino de regreso al hogar y al cabo de una hora no quedaba uno de ellos frente a mi casa.

Entonces, al ver que todos habían huido, ellos (los látigos) se reunieron en un lugar y formaron un huevo como antes pero, para asombro mío, desapareció al instante. Pero la gran hambruna era muy seria todavía en todas partes del pueblo, aunque al ver que muchos ancianos empezaban a morir a diario, llamé a los demás ancianos que estaban vivos y les dije cómo podíamos poner fin al hambre. Así fue como terminamos con el hambre: Hicimos un sacrificio con dos aves, 6 *kolas*, una botella de aceite de palma y 6 *kolas* amargas. Entonces matamos las aves y las pusimos en un caldero roto y después echamos las *kolas* y el aceite en el caldero. El sacrificio sería llevado a Cielo en el cielo.

PERO ¿QUIÉN PODRÍA LLEVAR EL SACRIFICIO A CIELO EN EL CIELO?

Primero escogimos a uno de los criados del rey, pero ése se negó. Entonces escogimos a uno de los hombres más pobres del pueblo y también se negó. Finalmente escogimos a uno de los esclavos del rey, que fue al cielo y le llevó el sacrificio a Cielo, que era mayor que Tierra, y Cielo recibió muy contento el sacrificio. El sacrificio quería decir que Tierra se rendía y que era menor que Cielo. Y después que el esclavo llevó el sacrificio al cielo y se lo entregó a Cielo, cayó un aguacero antes de que él (el esclavo) pudiera llegar a mitad del camino de regreso a la tierra. Castigado por el fuerte aguacero llegó al pueblo y quiso huir de la lluvia pero nadie le permitía entrar en su casa. Todos pensaban que como él (el esclavo) había llevado el sacrificio a Cielo, también se los llevaría a ellos a Cielo y tenían miedo.

Pero después que llovió con regularidad durante tres meses, no volvió a haber hambre.

57

Con este bebedor de vino de palma —casi tan diabólico como las infernales criaturas que encuentra en su camino— penetramos en un mundo fantástico. Arrastrando tras sí a su mujer, con un macuto al hombro y un hechizo de poderes extraordinarios, este fabuloso personaje nigeriano —mitad mago y mitad fanfarrón— sale en busca de su sangrador de vino de palma, que ha muerto en un accidente. Así nos internamos en montes poblados por seres míticos, aldeas encantadas y árboles que caminan solos. Y al mismo tiempo en una tradición milenaria salpicada de ideas y alusiones modernas, en la que a veces creemos sorprender el germen de ciertas tradiciones afrocubanas. De aventura en aventura, el relato nos va descubriendo la poesía del pensamiento primitivo y su lógica interna. "Lejos de estar sumergido en un mundo oscuro de fuerzas irracionales, el primitivo vive en un mundo de signos y mensajes" —afirma Paz con los antropólogos modernos—, por lo que su pensamiento "está más cerca de la cibernética que de la teología medieval". Con un estilo torpe en apariencia que revela magistralmente el mundo interior de su personaje, Tutuola crea una saga africana que parece recoger las andanzas del primer hombre sobre la tierra en un símbolo poético de valor universal. Amos Tutuola nació en Abeokuta (Nigeria) en 1920, en una familia cristiana de origen yoruba. Asistió durante seis años a una escuela primaria y luego marchó a Lagos, donde trabajó como calderero y más tarde como empleado del Ministerio de Trabajo. *El bebedor de vino de palma*, su primera novela, fue publicada en 1952. Traducida muy pronto a varios idiomas —ahora por primera vez al español— abrió brillantemente el camino de la nueva narrativa africana.